

1. CONTEXTUALIZACIÓN Y PROPUESTA DE TRABAJO: NEOLIBERALISMO, POESÍA, RECEPCIÓN

1.1 Inyectar lo real: el discurso neoliberal y sus aplicaciones

Abrupta y repentinamente, el año 1973 significó para la sociedad chilena un trastorno político y emocional que derribó sus concepciones, identidades, estilos de vida, tras el ya turbulento período que había terminado con la experiencia del gobierno de la Unidad Popular. El pasaje de democracia a autoritarismo se reflejó asimismo en el marco de la naturaleza económica del régimen que, imponiéndose forzosamente en oposición al reciente pasado socialista y, al mismo tiempo, a una tradición de nacionalismo y fomento industrial, desató un plan transformador correspondiente a los mecanismos de la doctrina económica neoliberal, sugerida por un específico equipo técnico.

Pensando en la amplitud y capilaridad que encarnaron dichas reformas, queremos destacar aquel horizonte discursivo que se manifestaba y proponía distintamente, presentándose como una expresión propia de la dictadura y de sus intenciones modernizadoras de la sociedad, creando un ambiguo amalgama entre, por una parte, represión y reducción del pluralismo y, por la otra, liberalización y privatización de los recursos y auxilios estatales.

Desde un punto de vista cultural, existió una misma pugna y contradicción entre una explosión de nuevas formas de expresión y consumo cultural y distintas formas de control y censura por parte de los órganos gubernamentales. En esta instancia, se conformó un medio artístico fuertemente problematizado, puesto que se encontró escindido tanto conceptualmente como físicamente, debido al exilio de muchos intelectuales y a la coerción interna practicada por el régimen. Fue justamente en dicho escenario donde se generó la neovanguardia: una forma de radicalización y experimentación lingüística que con su oscuridad y distorsión presentó, además de un enfrentamiento al sistema, también una abertura de las posibilidades decodificadoras de sus obras.

Lo que buscamos delinear es la estructura comunicativa que idealmente se dirigió al individuo chileno en un determinado momento. La transmisión de una nueva y única forma de vida y de conciencia (neoliberal) y de una visión de la vida alternativa (literaria) se entregan como dos estímulos, dos impulsos efectivamente

distantes, pero que se encuentran en el mismo espacio de la recepción subjetiva.⁷ Es allí, en el terreno de llegada común, que podremos determinar las tensiones y las ofertas de ambos lenguajes.

Hay que tener cuidado, en este sentido, con el utilizzo de la categoría analítica de sujeto/receptor, puesto que esta guiña el ojo a la constitución del sistema dominante: el mercado hace apelación constante al individuo, las ciencias humanas explican el consumo como una respuesta a una necesidad individual; finalmente, las tramas de poder se ocultan tras la insistencia sobre el uno disociado de su carácter grupal (Baudrillard 1972; Lipovetsky 1983/1989; Benz, Hartwig y Schoch 2023). Sin embargo, creemos que nuestra conducción, amparada por una subjetividad imaginativa y creadora que busca su universalidad (de ninguna manera totalidad), logrará destacar la distinta actuación, por un lado, de la diferenciación estructuralmente falsa del mercado y, por otro lado, del fenómeno textual. Asumir una permeabilidad del disciplinamiento diseminado no conlleva una neutralidad de la eclosión artística del Chile dictatorial: “No creo que la mejor forma de ayudar a esa tarea [...] sea la de condenar al *sin sentido* (a la ineffectividad) las *luchas por el sentido* que motivaron este arte insurgente [...]” (Richard 2005: 35).

Descomponer las raíces ideológicas de este aparato de poder ha sido el trabajo de numerosos historiadores y sociólogos que se han enfrentado con un fenómeno autoritario que experimentó la yuxtaposición de diversos polos de significado e influencias internas. El discurso del autoritarismo se desarrolló y se construyó a través de varias fases que involucraron a distintos actores pero, fundamentalmente, permaneció fiel a su figura central y cuasi-fundacional (el dictador Pinochet Ugarte) y a la misión de defensa de los presuntos enemigos internos y externos, adscriptos a la fe en el comunismo; cuestión medular para la dictadura que echaría luego las bases para emprender la reconstrucción del país.⁸ Se difundía, entonces, discursiva y concretamente, la idea de una amenaza constante dentro y fuera del país e, igualmente, procedente de las distintas formas de persecución autoritaria.

De todos modos, es precisamente la idea de refundación la que nos interesa, vale decir, los propósitos de modificación y edificación que estaban guardados en los mensajes oficiales y colaterales del régimen. Como anota Araujo, en relación

7 Miralles es enfático y provocador al señalar que no es posible admitir una división tajante entre la retórica dictatorial y las hablas disidentes: “Se asume siempre en esta dialéctica que aquello a lo que se oponen los nuevos productos de arte es algo simple. En este caso se habla de un “discurso monológico”, o de un “discurso oficial”, de un “decir reglamentario”, o incluso de una “significación-una”. Este gesto que reduce la verdadera complejidad de los hechos se inscribe en una retórica de la negación y la legitimación del propio acto de instauración [...]” (2004: 112).

8 Lo que, en su Mensaje Presidencial de 1978, Pinochet define como “una agresión externa y una minoría interna de propósitos subversivos que jamás ha cesado en sus afanes”. Para un análisis del discurso agresivo/defensivo, pero sin bases clarificadas, de la primera parte del régimen, se remite a Vergara (1984) y al trabajo de Munizaga (1988). Para una aproximación más global de la ‘fase terrorista’ de la dictadura, véanse Moulian (1997) y Huneeus (2000/2002).

con el impacto social conllevado por la dictadura chilena, esta “deja de ser una experiencia histórica precisa y se convierte en una experiencia cognitiva colectiva” (2017: s/p). Si en la parte inicial del gobierno militar, los esfuerzos ideológicos se focalizaron en su justificación, promoviendo principalmente el utilizzo de recursos de comunicación negativos,⁹ a partir del Plan de Recuperación Económica (1975) y del Discurso de Chacarillas (1977), en el cual se afirmaba la necesidad de establecer una ‘democracia autoritaria y protegida’, se alcanzó un cambio, tanto discursivo como práctico, relativo al papel fundacional y cimentador de la Junta Militar.

Sin embargo, estas esencias semánticas positivas (propositivas y creativas) incluían fatalmente en sí el engendramiento violento y negacional del contexto donde se desarrollaron (Flisfisch 1982). En paralelo con este razonamiento, Vergara (1984) precisa que la nueva línea discursiva del régimen, que apelaba a ideales tales como libertad e igualdad, según se verá más adelante, en realidad lo hacía contraponiéndolos a otros, distanciándose de una precisa visión del mundo y así vaciándolos de su valor constructivo. En fin, se trató de una positividad basada y alimentada por un subconsciente colectivo históricamente desgarrado por el rencor y la decepción tras la época de la Unidad Popular y el golpe (Moulian 1997).

1.1.1 La doble dominación tras el quiebre histórico

Las bases de la edificación ideológica neoliberal de la dictadura chilena comprendieron el fortalecimiento y la confirmación de un proceso básicamente económico que se había desarrollado desde hacía algunos años en Chile.¹⁰ Aunque en los primeros años del régimen (1973–1975), el principal objetivo económico conllevaba una acción de ‘saneamiento’ y ‘normalización’ tras las radicales transformaciones ejecutadas du-

9 Para un resumen del debate acerca de la naturaleza revolucionaria o contrarrevolucionaria de la dictadura, ver Olguín Olate (2018).

10 Reportamos un par de definiciones del neoliberalismo trazadas por estudiosos del tema: “In the humanities and social sciences neoliberalism has become the term most often used to categorize this new process of market reform. The term is sometimes used as a descriptive, analytical concept; other times, it bears negative connotations. In either case, it tends to privilege one of the many ideologies – such as hard-line monetarism – that have informed policy making since the crisis of the import-substituting industrialization model” (Cárcamo-Huechante 2006: 420); “se definió al neoliberalismo como el instrumento economicista del capitalismo contemporáneo que promueve la existencia de sociedades de consumo fundamentadas en el mercado y con la menor injerencia posible del Estado” (Olguín Olate 2018: 202). Respecto a su desarrollo en Chile, empezando por los convenios académicos entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica de Chile (el llamado ‘Proyecto Chile’), estrenados en los años cincuenta, se percibió en el país una intensificación del importante papel y de la fe acordados a las doctrinas económicas neoliberales de la Escuela de Chicago. Estos antecedentes, directamente impulsados por los EE.UU., han sido estudiados ampliamente por Valdés J. G. (1995), quien significativamente habla de una verdadera ‘transferencia ideológica’; por Klein (2007), que los define como un acto de ‘imperialismo intelectual’ y por Cáceres Quiero (1994).

rante el gobierno de Allende (Foxley A. 1982; Vergara 1984) –el ‘pecado original’ con que tenía que cargar el nuevo Chile (Fontaine 1993)–, muy pronto estas medidas se encontraron impotentes frente al crecimiento de la inflación, a la crisis de la balanza de pagos y a una general recesión. Por esto, debido a la urgente necesidad de levantar la economía chilena y de conformarla en un proyecto definido, Pinochet, junto con varios actores económicos, tomó la decisión de emprender el Plan de Recuperación Económica, más conocido como plan, terapia o tratamiento de *shock* (Collier y Sater 1996; Fontaine 1993; Foxley A. 1982; Klein 2007; Moulian 1997; Vergara 1984).¹¹

La presencia muy influyente de los ‘Chicago Boys’ dentro de la conducción del país derivó, en apariencia, de su formación, de sus conocimientos, de su capacidad profundamente técnica. En palabras de Fontaine, quien formaba parte de ese grupo:

Fueron llamados principalmente en reconocimiento de su alto nivel profesional. [...] Además los economistas de Chicago, considerados como tecnócratas apolíticos, podrían analizar los problemas económicos chilenos con una ‘visión fresca’. [...] Al final triunfaron los economistas de Chicago gracias a su contundente capacidad técnica –basada en la lógica aplastante de la teoría económica [...]. (1993: 245–246)

Ahora bien, la “visión fresca” de estos llegó a ser la única posible por medio de una difusa tarea de silenciamiento tanto dentro del mundo académico o del debate económico, como de los medios de comunicación y de los discursos oficiales, saturados por las doctrinas neoliberales (Huneus 2000/2002; Massardo 2008; Moulian 1997; Valdés J. G. 1995; Vergara 1984). Esta exhibición de un proyecto científico y, por esto, inapelable, dejaba en segundo plano no solamente los juicios de los otros expertos, sino también la capacidad de opinar de los ciudadanos (Tironi 1982; Moulian y Vergara 1981), ya bastante privados del debate y de la representación política, no obstante un partidario del régimen haya descrito con gran entusiasmo “la existencia de chilenos mejor informados, cultos, y con más conocimientos de la realidad económica” gracias a un “intensivo ‘aprendizaje de economía’ que ha recibido la opinión pública” (Lavín 1987: 19, 76).

La exposición de un habla de este tipo, caracterizada por la precisión, la inamovilidad, el ejercicio de la previsión, del cálculo, de la fe en las reglas, de un contexto funcionante según sus mecanismos internos, aproximable tan solamente con conocimientos especializados, conduce a la visión de un panorama que no se podía discutir,

11 Este implicó principalmente la intensificación de medidas que ya se había estado tomando de manera gradual desde 1973: la reducción del gasto fiscal, el favorecimiento de una economía de libre mercado (baja de los aranceles, inversión extranjera, exportaciones...), las privatizaciones. Los protagonistas indiscutidos de este proyecto, y los transmisores de una aglutinadora perspectiva neoliberal, fueron un grupo de economistas, casi todos hijos del ‘Proyecto Chile’ y mayormente conocidos como los ‘Chicago Boys’. Véase Huneus (2000/2002); Vergara (1984); Moulian y Vergara (1981). En su significativo estudio, Klein (2007) describe el experimento económico chileno como el precursor de una agresiva política económica a nivel mundial, basada en la aplicación extremada de los principios neoliberales, distribuidos estos internacionalmente en ‘paquetes informativos’ con el fin de promocionar la idílica postal de la feliz aldea global, según la provocadora imagen de Springer (2010).

puesto que conservaba en sí un orden preciso y autónomo que, en la fórmula de Vogl (2014), pertenece a la categoría de ‘spectrology’, por la sensación de mecanismo invisible y fantasmal que transmite. El perseguimiento de estas actitudes tendencialmente cegaba, con su linearidad, el desenvolvimiento libre del pensamiento, ejerciendo una fuerza transparente e inaccesible, negada a los ciudadanos comunes y a sus capacidades críticas.

En el sistema dictatorial, el mercado participaba también en la purificación política del país. La represión, la coerción, la falta de representación política y la censura, la eliminación del debate político (principalmente pero no solamente de izquierda) anduvieron de par con la intensificación de la importancia del espacio del mercado, en detrimento de la participación política y ciudadana (Espinoza, Barozet y Méndez 2013; Sánchez Bermúdez 2012; Tironi 1998). El reordenamiento neoliberal de las relaciones ya no necesitaba de una intermediación política, dado que producía de por sí un sistema justo y autoregulado que, por añadidura, limitaba el papel del Estado (Vergara 1984). En base a esta visión, la libertad económica se sobrepuso a la política sin derivar de ella (Tironi 1982; Moulian y Vergara 1981).

El aplastamiento del sustrato participativo y de enfrentamiento crítico y constructivo puso la política (al igual que muchos sectores más) en el nivel del consumo, declarando la muerte de su papel histórico:

[...] pensiamo che la fine della politica sia semplicemente la sua modernizzazione autoritaria, perché le impedisce di rappresentare, organizzare, strutturare e trasformare la vita quotidiana, e la riduce, invece, a oggetto di consumo, e come tale consumato nella quotidianità autoritaria. (Gallardo 1989: 148)

Asimismo, el debate político se transformó en un espectáculo separado de la real voluntad ciudadana que, por otra parte, se encontró sin la capacidad para generar un cambio en el sistema totalizador capitalista.¹² A pesar de estas observaciones, no estamos frente a una simple busca de neutralización y estabilización del espacio público sino que, por lo contrario, de un gesto profundamente autoritario, que llegó a impedir la ‘conversión de poder’ y borró drásticamente la mediación entre el Estado y la sociedad (Gallardo 1989). Junto con esto, la efectiva difusión ideológica, representante de un presunto orden libre y justo, encarnó de hecho un acto violento, que consiguió propagar el ‘sentido común capitalista’ (Flisfisch 1982). Como apuntan muy claramente Cea-Madrid y López-Pismante, “la violencia estructural del modelo neoliberal opera en la realidad social como un estado de paz y armonía” (2014: 164).

En tal virtud, es preciso puntualizar otro tema efectivamente contundente con respecto al rol y al significado trascendental de la gestión económica de Chile durante el gobierno de la Junta Militar. Es Huneus (2000/2002: 46) quien, en su trabajo, se focaliza con gran capacidad y amplitud sobre la íntima relación entre la economía

12 Véase Vergara (1984) en referencia a los cambios constitucionales. Se genera incluso una modificación de la percepción del voto, en particular a causa de las numerosas elecciones no-competitivas (Huneus 2000/2002; Salazar y Pinto 1999).

neoliberal y el autoritarismo político, los cuales simbolizan las efectivas ‘caras de una misma moneda’. En función de esto, aparece significativo el hecho de que la Doctrina de Seguridad Nacional y la acción de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) alcanzaron su mayor operatividad en concomitancia con el *shock* económico (Vergara 1984; Massardo 2008). Evidentemente, los promocionados tecnocraticismo, neutralidad y apoliticidad por parte del equipo económico tenían un valor bastante relativo, dado que estaban insertos y se desenvolvían dentro de un espacio no democrático. Inclusive, agregamos que Klein (2007) propone la valiosa interpretación de la tortura en tanto metáfora de la doctrina económica del *shock*, realzando así esta íntima y turbia conexión.

De dicha manera, la economía neoliberal cabía dentro de un más extenso proceso de violencia causado por la coacción dictatorial, y esto se debió no solamente a su aplicación ‘desde arriba’ y al empleo de un discurso expuesto ‘verticalmente’ (Flis-fisch 1982: 23; Salazar y Pinto 1999: 172), sino que, más agudamente, a las efectivas consecuencias de desigualdad e individualización que provocó en el tejido social. El disciplinamiento, perseguido para la superación de las etapas históricas anteriores y para la reproducción del modelo autoritario, preveía la estabilización económica y la represión, la difusión capilar del sistema del mercado y la erradicación de conductas sociales consideradas equivocadas.¹³

Más aún, el mismo fenómeno neoliberal facilitaba al régimen una firme base de apoyo. Esto aconteció primero gracias al éxito (macro)económico que produjo (Huneus 2000/2002) y luego, de manera mucho más sutil, reinterpretando según su propia visión los fundamentos del golpe de Estado. Puesto que la esencia del neoliberalismo reside en la libertad económica y en su defensa, los enemigos originarios del régimen, tales como el ‘estatismo socializante’ y el marxismo, se asimilaron de inmediato con una agrupación de pensamientos no éticos, contrarios tanto a la estabilidad y al orden como a la verdadera libertad que pertenecía, antes que nada, al campo económico y a la propiedad privada (Foxley A. 1982; Moulian y Vergara 1981; Vergara 1984).

Desde este prisma, nos podemos formar la idea de una economía de tipo excluyente y dominante, en primer lugar, por su discurso único y, luego, por la estrecha relación de apoyo que efectivamente entabló con la cúpula dictatorial. También, no cabe duda que uno de sus aspectos más ambiguos y solapados estuvo arraigado en su despliegamiento de la desigualdad social bajo la entrega de la imagen de una libertad viable para todos (confrontar Baudrillard 1972 y Habermas 1984).

13 “Mediante la eliminación o restricción de las principales libertades públicas estos regímenes han procurado imponer una nueva disciplina en el cuerpo social. Las políticas económicas desempeñan un papel crucial en este proceso” (Foxley A. 1982: 5). “Estas transformaciones [económicas], sumadas a la desarticulación social que produce la proscripción, persecución o transformación de las antiguas organizaciones sociales y políticas, generan una situación de atomización social y de ruptura de canales de representación” (Baño y Canales 1992: 101).

1.1.2 Libertad del mercado y abandono del individuo

Ahora bien, cabe preguntarse qué motivaciones fueron expuestas para las supuestas igualdad y libertad creadas por el mercado y presentadas en directo contraste con las medidas estatales de redistribución y justicia social. Sirviendo como una respuesta a la crisis de la idea de Estado y a la decepción provocada por este (Tironi 1982), e inclusive como una propuesta aparentemente neutral frente a la ‘muerte de las ideologías’ (Moulian 1997), el neoliberalismo ofreció la visión de un funcionamiento justo (no discriminatorio) y objetivo (científico y técnico) de las relaciones económicas y, por ende, de las posibilidades de desarrollo y de ascenso de cada persona.

En lo específico, estas expectativas resultaban creíbles gracias a la presentación del organismo del mercado que, al estar separado de todo tipo de política, interés personal y favoritismo, y al trabajar de modo prácticamente automático, garantizaba la neutralidad de sus dinámicas que se desplazaban idealmente hacia una redistribución imparcial de las riquezas –el llamado ‘chorreo’ (Concha 2014; Foxley A. 1982; Moulian 1997; Vergara 1984)–. A pesar de la transmisión de estos conceptos, el mercado no aseguraba en sí la justicia económica: al revés, representaba un lugar donde solamente unos pocos lograrían alcanzar un efectivo mejoramiento, también a causa de los privilegios, preferencias y grupos de poder existentes a su interior (Cassese 1984; Huneeus 2000/2002; Foxley A. 1982; Klein 2007; Tironi 1982; Vergara 1984). Como asevera el sociólogo Tironi, “La libertad individual de los neoliberales no es más que una caricatura para los oprimidos por el mercado y para los perseguidos por el Estado” (1982: s/p). Es por esta razón que Sánchez Bermúdez (2012) se refiere a la economía neoliberal como a una ‘pauta de dominación’ que se ha estado historicizando en el mundo.

Si la igualdad se basaba sobre las posibilidades acordadas democráticamente en una suerte de esencialismo mercantil de las relaciones, la libertad se enlazaba a la capacidad de desarrollo y acción (por cierto, meramente económicos) de los sujetos y, en un nivel más cotidiano, en la apertura consumista de bienes y servicios. Es por tal motivo que otro gran asunto sobre el cual se desarrolla el ideal neoliberal consiste en la afirmación de una constante diversificación al interior de la sociedad chilena. Ante todo, esta visión derivaba de un marcado distanciamiento de lo que la dictadura describía como una masa homogénea creada por el estatismo, el partidismo, el aislamiento económico y las ideologías totalizadoras y discriminadoras. A este propósito, un partidario del régimen afirma, un poco grotescamente: “la sociedad de masas, con su uniformidad y sus grandes producciones a escala, igual para todos, llegó a su fin, dando paso a la diversidad, la especialización, los gustos distintos, las opciones múltiples: en Chile las tinas de baño son blancas, o celestes, o de cualquier color” (Lavín 1987: 152).

Elegir en el mercado se transformó en un acto de decisión único, que promovía la creación de una “sociedad ‘desuniformada’ ” (Lavín 1987: 152). Más que los valores y los ideales, son entonces los ‘gustos’ los que priman en la expresión sincera y

profunda del sujeto que se encontraba por fin frente a una elevada cantidad de bienes y de servicios, la cual le permitiría determinarse en base a su inteligencia individual y a su personalidad, con el acompañamiento de la más general lógica del mercado (Foxley A. 1982; Vergara 1984). En concordancia con esto, el discernimiento de los beneficios de las opciones iba de par con la oferta hedonista del universo capitalista, el ‘idilio del mercado’ (Vogl 2014): “La ‘visión única del Estado’ [...] se compensa, por lo común, con una sensual y alegre visión *cosmopolita* de la vida” (Salazar y Pinto 1999: 174).

A diferencia de esta concepción que apuntaba a la liberación de los individuos y a la real manifestación de sus actitudes y cualidades, Gallardo (1989) precisa que la masificación social representa tan solo aparentemente lo que el régimen pretendía superar: de hecho se trataba de su objetivo, vale decir, el de alcanzar una uniformación, disfrazada de libertad, para favorecer el perdurar y el fortalecimiento del orden instaurado. Una de las consecuencias de este panorama residió en la atomización, relativa tanto a los sujetos como a sus organizaciones, la cual provocó una descomposición extremada de las relaciones existentes, alimentada por el fuerte sentido de competitividad, que iba gastando los fines comunes y el sentido de colectividad (Flisfisch 1982; Gallardo 1989; Sánchez Bermúdez 2012; Tironi 1982 y 1998; Vergara 1984).

Dejado prácticamente desprovisto de canales de representación y de expresión, el espacio social se fue así constituyendo en una multiplicidad de individuos, instados a proveer a sus necesidades sin casi ningún tipo de respaldo, aduciendo la formación de una sociedad responsable y caracterizada por los méritos y las capacidades de cada uno (Salazar y Pinto 1999; Tironi 1998; Vergara 1984); panorama que Lavín apoya al considerarlo “un ambiente que ha favorecido la iniciativa individual, la creatividad, la innovación, la audacia y la capacidad empresarial” (1987: 11). Sin embargo, en este contexto, donde primaba el conseguimiento de la ‘igualdad de oportunidades’ y de la ‘revolución libertaria’ (dictadas por las fuerzas del mercado), no se garantizaba, por más que se promovía, una igualdad de hecho (Espinoza, Barozet y Méndez 2013; Klein 2007; Tironi 1998; Vergara 1984). En relación con estas observaciones, Bauman escribe sobre las facetas ambiguas de la supuesta independencia del sujeto:

En pocas palabras, la ‘individualización’ consiste en transformar la ‘identidad’ humana de algo ‘dado’ en una ‘tarea’, y en hacer responsables a los actores de la realización de esta tarea y de las consecuencias (así como de los efectos colaterales) de su desempeño. En otros términos, consiste en establecer una autonomía *de iure* (haya o no haya sido establecida también una autonomía *de facto*). (2000/2004: 37)

Siguiendo al estudio de Baudrillard (1972) *Pour une critique de l'économie politique du signe*, el torbellino de la diferenciación impulsada y determinada por el sistema económico es un mero movimiento del significante y, por ende, no funciona en términos de una transformación profunda, mas alimenta, gracias a los cambios y a la abundancia de los signos, una reproducción sistemática. En este orden de cosas, el

neoliberalismo es ideológico porque, aclamando la igualdad encubre la desigualdad y, también, profesando la posibilidad de ascenso social reduce realmente el desenvolvimiento de las personas (Baudrillard 1972). Al final, permanece vigente la duda relativamente a la libertad de elección, es decir, si se trata de una real libertad o, más bien, de una obligación a elegir dentro de un determinado contexto (Baudrillard 1972; Bauman 2000/2004; Lipovetsky 1983/1989; Marcuse 1964). Por otra parte, esta insistencia sobre la elección llegaría a provocar una inquietud psicológica que no podemos desatender: “The idea of individual responsibility for choice combined with a sense that choices reflect identity imposes a considerable burden” (Luxton 2010: 175).

En lo que atañe a este proyecto de transformación y consecuente atomización social, nos referimos a la aplicación –a partir de 1979– de ‘las siete modernizaciones’. Gracias al plan de *shock*, Chile alcanzó un moderado mejoramiento, implicando la afirmación del neoliberalismo y, al mismo tiempo, la elaboración de un proyecto a largo plazo y de amplio alcance (Vergara 1984). Específicamente, las citadas ‘modernizaciones’ obraron sobre el sistema laboral, el sistema previsional, la salud, la educación, la administración, la agricultura y la justicia; áreas que sin duda representan puntos clave relativamente a la estructuración de la sociedad (Baño y Canales 1992; Foxley A. 1982; Tironi 1998; Vergara 1984).

De tal manera, modificar estos núcleos fundamentales significó buscar el efecto de un cambio extenso, originar una regulación distinta de las dinámicas sociales y, finalmente, enfrentar a las personas con una percepción diferente respecto a la función del Estado y a la organización diaria de sus propias vidas. En lo concerniente tanto a dicha cotidianidad como a las proyecciones futuras de los sujetos, el nudo central de estas reformas, en base a la retórica del régimen, se conectó nuevamente con la idea de libertad, en particular con la libertad de elección (Foxley A. 1982; Tironi 1998; Vergara 1984). Dado que ciertas ‘modernizaciones’ buscaron privatizar algunos sectores tradicionalmente públicos, generando de este modo una importante transferencia de recursos (Salazar y Pinto 1999), el ciudadano llegó a tener a su disposición un gran número de empresas que le ofrecían sus servicios y que, al estar en competición gracias al libre mercado, le entregaban el poder prioritario de escoger, que se delinea claramente en estas palabras de Lavín quien pone disonantemente en el mismo nivel la salud, la educación y el supermercado:

Los chilenos comienzan paulatinamente a vivir con muchas más opciones que en el pasado. La sociedad de ‘esto o el otro’, con dos o tres alternativas como máximo, ha sido superada por una nueva sociedad de ‘opciones múltiples’, en que es posible elegir entre la más diversas posibilidades. [...] podemos jubilar en la Asociación de Fondos de Pensiones que elijamos, entre más de diez distintas; confiar nuestra salud al instituto de salud previsional que queramos, de entre cerca de veinte; seguir estudios superiores en cualquiera de las veinticinco universidades o institutos profesionales públicos o privados; podemos elegir entre cinco canales de televisión en Santiago, cuatro de televisión por cable, mientras que un número creciente de familias está confeccionando su propia programación arrendando películas en cualquiera de los ochenta y siete clubes de video existentes en las principales

ciudades del país. Una dueña de casa que entraba a comprar a un supermercado Almac en 1974, podía elegir entre 5.500 productos diferentes. Hoy sus posibilidades de opción alcanzan a 15.500 ítems distintos. (1987: 24–25)

De estas ‘modernizaciones’ sobresalen discursivamente dos elementos: la insoluble conexión entre libertad y responsabilidad personal, por un lado, y, por el otro, el afán de desarticulación de la organización de distintos sectores sociales.¹⁴

1.1.3 Ficción del Estado

Ya se ha podido advertir la eventualidad de que esta ‘democracia’ surgió a costa tanto de la participación real, como de un Estado que desvanecía progresivamente, un “Estado [que] se bate en retirada” (Lavín 1987: 133), por lo menos en lo que atañe a su papel interventor, redistributivo y empresarial, produciendo cada vez más una ‘sensibilidad negativa’ en la población frente al significado tradicional del mismo y a su función (Flisfisch 1982).

Esta característica del discurso neoliberal se justificaba en la limitación de las libertades individuales dentro del Estado tradicional, el cual defendía, según el régimen, una supuesta igualdad que, en la realidad, se traducían en el beneficio de unos pocos grupos de mayor influencia (Concha 2014; Fontaine 1993; Vergara 1984). Algo semejante ocurre con la desvalorización del sistema político democrático, considerado como el incubador ideal del surgimiento del comunismo (de ahí la necesidad de instaurar una ‘democracia autoritaria y protegida’).¹⁵ En consecuencia, el Estado democrático se transformaría en un simple garante de los derechos que, sin embargo, no ambicionaría expresar la voluntad del pueblo (Vergara 1984).¹⁶

La nueva forma de Estado se desprendió de lo que los partidarios del régimen definieron las ‘junglas del estatismo’, principales causas de la ‘irresponsabilidad’ y de la ‘pasividad’ de las personas (Büchi 1993: 9, 19), y teóricamente apeló directa y sinceramente a los ciudadanos, según declara Lavín: “A través de diferentes mecanismos de descentralización y desburocratización, el Gobierno se ha acercado a las personas [...]” (1987: 21). No obstante, la imagen que surge de este Estado verdaderamente útil para la gente, insertado dentro de un contexto libremercadista imparcial y meritocrático, es la de un dispositivo totalitario, que aplica sus pautas hasta en lo más hondo de las capas sociales. El Estado neoliberal no es un Estado

14 Para una crítica de la desorganización laboral y social remitimos a Moulian (1997), Tironi (1998) y Vergara (1984).

15 “[...] la nueva democracia autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social, que habrá de darle a Chile un régimen moderno, estable y sólido” (Pinochet Ugarte 1977).

16 A este respecto, Salazar y Pinto (1999) apuntan que el ‘tecnocraticismo’, perteneciente al contexto de globalización, persigue el desarrollo del mundo y de los individuos pero no del colectivo social.

no-intervencionista, sino “uno Stato onnipotente e onnipresente che si è impadronito della capacità di creare l’ordine sociale” (Gallardo 1989: 129). Y este orden se dispone al interior de una reproducción de tipo capitalista, aplicada por el Estado bajo la forma de ‘intervención continua’ y delineada como un sistema natural y, por lo tanto, difícilmente replanteable (Gallardo 1989; Massardo 2008; Sánchez Bermúdez 2012).¹⁷

Así como el régimen potenciaba unos cambios relevantes en el país, gracias a las medidas económicas y a las reformas conocidas como ‘modernizaciones’, aun emprendió unas transformaciones de tipo institucional, en específico derivadas de la aprobación de la Constitución de 1980, la llamada ‘Constitución de la Libertad’ (Pinochet Ugarte 1981). Lo interesante de esta Constitución, aprobada en el plebiscito de 1980 y todavía vigente aunque con algunas enmiendas respecto a la primera versión (Maira 1998), es que se introdujo de plena manera en la reorganización neoliberal, apoyando indirectamente las reformas y la visión ideológica de los economistas (Baño y Canales 1992; Büchi 1993; Cassese 1984; Vergara 1984).¹⁸

Además de estos elementos, sin embargo, saltan a la vista los engranajes más propiamente autoritarios de la misma, los cuales limitaban la representación política, prohibiendo las doctrinas que promovían la lucha de clases o que dañaban a la familia (art.8), o justificaba la restricción de los derechos humanos en nombre de los valores nacionales y de un bien superior (Cassese 1984; *Constitución política de la República de Chile* 1984; Rosenn 1984). En esta instancia, al igual que la retórica perteneciente al régimen y a sus intelectuales, detrás de la superficie democrática enseñada por la Constitución se ocultaron unos mecanismos de dominio que perjudicaron la institucionalización, la transición y, de forma más general, la conformación de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Un aspecto de la amplia planificación relativa a la reproducibilidad del sistema concernió el ‘proceso de amarrar’ de la Carta Fundamental. Efectivamente, gracias a medidas jurídicas específicas, como por ejemplo la introducción del sistema electoral binominal y de los senadores designados, se garantizaba el mantenimiento de la continuidad autoritaria en la futura democracia, además de la impunidad de los protagonistas del régimen dictatorial (Huneus 2000/2002; Maira 1998).

Por lo consiguiente, es posible considerar la construcción ideológica neoliberal del régimen como el instrumento planificado de un intento de cambiar los parámetros de la organización social, así como de la concepción del mundo y de la efectiva

17 Compárense las afirmaciones de Büchi: “Fueron elaboraciones sensatas, juiciosas, realistas, de gran sentido común y contenido práctico, las cuales, lejos de imponer conductas o valores, aspiraban sólo a reconocer jerarquías naturales, valores básicos, conductas y preferencias ancestrales” (1993: 21).

18 Este aspecto de la Carta Fundamental está presente en el artículo 19, el cual, entre otras cosas, afirma el “derecho a elegir el sistema de salud” (núm.9), la “libertad de enseñanza” (núm.11), la “libertad de trabajo” (núm.16), el “derecho a desarrollar cualquiera actividad económica” (núm.21), la “libertad para adquirir el dominio de toda clase de bienes” (núm.23), el “derecho de propiedad” (núm.24). (*Constitución política de la República de Chile*, 1984).

actuación de las personas: un verdadero proyecto hegemónico, cultural, totalizador, que iba más allá del ámbito puramente económico (Cáceres Quiero 1994; Flisfisch 1982; Foxley A. 1982; Moulian 1997; Moulian y Vergara 1981; Nehring, López y Gómez Michel 2019; Valdés J. G. 1995; Vergara 1984). Inclusive, dicho propósito no era en absoluto ocultado por sus teóricos:

El estatismo se infiltra en todo [...]. El cambio, por lo mismo, debe ser completo y alcanzar a los sectores reales, al campo laboral y a los mercados de capitales. (Büchi 1993: 62)

En Chile hubo que hacer, por decirlo así, un barrido completo en todos los sectores de la economía para ir quitando la maleza estatista. Fue esto lo que le dio tanta envergadura, amplitud y profundidad a la revolución económica chilena. (Büchi 1993: 64).

Hay que reconocer que el proceso chileno de modernización [...] incluyó un intento serio por modificar los criterios de análisis de la opinión pública y por cambiar las formas de pensar de la sociedad. (Büchi 1993: 153)

[...] el verdadero mérito está en convencer a la sociedad en cuanto a que el mercado sirve en mejores términos al bien común que el intervencionismo estatal. (Büchi 1993: 155)

Dentro de este orden de ideas, los conceptos económicos, desviados rígidamente hacia una función ideológica, se traducen en campos de significado fijos y aislados, empleados para activar cambios puntuales en la mentalidad de sus referentes:

En la visión neoliberal, los desarrollos teóricos son mucho menos herramientas para la producción de conocimientos, y mucho más conjuntos de proposiciones con sentido programático. En definitiva, no se trata tanto de investigar una realidad, contrastando con ella unas determinadas proposiciones, sino más bien de imponer esas proposiciones a la realidad.

Pese a la tan alegada y manoseada neutralidad axiológica, para el neoliberalismo la teoría es principalmente fuente de sugerencias normativas. Ella contiene los *blueprints* para la transformación social, o los principios que permiten inferir esos *blueprints*. (Flisfisch 1982: 26).

Otra vez, estas observaciones nos instalan frente a una paradoja que se conforma en el imaginario transmitido por los vértices de poder: mientras que la acción pública cedía sus intervenciones micro y macroscópicas a la esfera privada, el proceso constitucional devino el pivote para el robustecimiento del Estado y para su reproducción invariada. Como bien sugieren Pradilla Cobos y Márquez López “el objetivo no consistía tanto en reducir la acción del Estado o ‘adelgazarlo’, sino en cambiar las formas y condiciones de su actuar, reforzando las acciones tendientes a facilitar la acumulación de capital [...]” (2022: 211).

Junto con esto, la progresiva indefinición del Estado nos entrega la posibilidad para volver sobre el tema del ‘abandono del individuo’. En efecto, la libre elección se hizo peligrosa en cuanto, más que ser suplementaria relativamente a una garantía de vivencia digna, realizó un trasplante de las responsabilidades desde el aparato estatal a los sujetos, por lo cual se tendió a provocar un sentido de culpabilidad o inadaptable para con el sistema en el caso en que no se hubiesen alcanzado los objetivos planteados. Vistas así las cosas, la difusión de un horizonte de competencia y de trabajo marcado por la realización personal no contrastó el sesgo de un sentimiento

de desamparo, puesto que la movilidad social es tan rápida en ascender como en derrumbarse repentinamente (Baudrillard 1972).

1.1.4 Máscaras de diferenciación

Nos proponemos, ahora, indicar los espacios efectivos donde se materializaron los fenómenos relativos a la sociedad a que acabamos de aludir.¹⁹ En virtud de lo expuesto, los medios de comunicación, los lugares de compras, la producción cultural representaron, por una parte, la posibilidad de realización de las ambiciones y de las interrelaciones del individuo introducido en un contexto transformado y, por otra, fueron canales que sustentaron, reflejaron y, por supuesto, derivaron de la concepción neoliberal que estamos considerando. Por consiguiente, mientras que se modificaban las manifestaciones propias de la expresión cultural del país, a su vez el imaginario social las iba produciendo o se iba proyectando en las mismas por medio de la formación de ‘relaciones capitalistas’ (véase Sánchez Bermúdez 2012). La construcción del día a día se fue integrando a una urbanidad en desarrollo, a la abundancia de mensajes audiovisuales, a la puesta en práctica de códigos de consumo y de otras expresiones del individuo en relación con el sistema; en definitiva, a los rasgos de una supuesta ‘cultura moderna’ que van configurando la imagen de una “vida cotidiana [...] asediada” (Cápona González 2016: 293).²⁰ Finalmente, como subraya Vogl y para evidenciar el impacto social de la doctrina neoliberal, “Market and capital do not just form a coherent ensemble of economic forces; they are also a condensed sociopolitical power that dictates a code for formatting dependence structures in the social field” (2014: 129).

El funcionamiento desregulado del mercado promovía y necesitaba la acumulación de dichos mensajes (en particular la publicidad) en competencia entre sí, la abundancia y la variedad de la oferta de bienes y servicios, generando de este modo un universo imaginario que se colmó de una infinidad de formas en la misma medida en que solamente respondía al significado de la venta; en fin, un canal articulado y extendido que Massardo llama “el aparato difusor de imágenes-símbolo” (2008: 91). Es por este poder comunicativo, aunque desplegado en sentido mayormente unilate-

19 “L’idéologie est la *base* de la pensée d’une société de classes, dans le cours conflictuel de l’histoire. Les faits idéologiques n’ont jamais été de simples chimères, mais la conscience déformée des réalités, et en tant que tels des facteurs réels exerçant en retour une réelle action déformante; d’autant plus la *matérialisation* de l’idéologie qu’entraîne la réussite concrète de la production économique autonomisée, dans la forme du spectacle, confond pratiquement avec la réalité sociale une idéologie qui a pu retoucher tout le réel sur son modèle” (Debord 1967/1969: 171).

20 Brunner (1983) define esta evolución cultural como basada sobre la diversión y el consumo y, por lo tanto, desligada de la identidad tradicional del país. Además, la articulación de este nuevo panorama proveía a la escenificación de una existencia que “carece de conflictos que no sean interpersonales o puramente subjetivos” (Brunner 1983: 9).

ral, que el mercado ha sido definido como el “agente cultural privilegiado” gracias al cual, por otra parte, “el régimen consolid[ó], a través de una práctica mercantil que empapa[ba] por entero a la sociedad, un reconocimiento social” (Brunner y García Huidobro 1981: 489). El conjunto social, sumergido en el sinnúmero de ‘ilusiones’ administradas por el horizonte simbólico neoliberal,²¹ no fue solo un espectador inerte que acogió su acomodación al sistema: resulta inconcebible pensar en una sociedad regida en su totalidad por fuerzas externas a ella, aunque sí se reconoce que, en lo que atañe al campo cultural, se dio la conformación de un ‘modelo general’ fundamentado sobre el ‘paradigma de la acción instrumental’ (Brunner 1981: 20–21). De estos conceptos se infiere la complejidad de las relaciones entre sociedad, Estado y cultura y, más aún, la dificultad de distinguir lo que realmente fue interiorizado y manipulado por la primera.

Consecuentemente, se observó en Chile, desde finales de la década de los setenta, un elevado crecimiento de las importaciones de bienes, impulsado por la apertura económica, que se reflejó en un aumento del consumo el cual, sin embargo, se dio de manera bastante desigual (Foxley A. 1982). Por supuesto, dicha diferenciación en el acceso al consumo no disminuyó el impacto de la variada oferta material y de un estilo de vida opulento sobre el imaginario social; al revés, promovió la construcción de un modelo de vida organizado en torno a los símbolos de la cultura capitalista y exitista.

Recurriendo a Bengoa, más allá de la efectiva llegada de objetos y artículos para el hogar en la vida de la gente, lo que hay que destacar es la promesa de un mundo nuevo, despojado de la participación y de la crítica: “Qué importa si cada uno, dos o diez chilenos tendrán televisor. El problema reside en la radicalidad de la propuesta. Televisor pero nada más [...]” (1981: s/p). Lo que es necesario reiterar, respecto a otras realidades nacionales donde también se dieron dichas alteraciones, es que estas, en Chile, acontecieron en un contexto autoritario y, de hecho, se vieron impulsadas por el mismo y por sus sectores de apoyo. Por tal motivo, la presencia de los objetos mencionados no fue neutral, dado que respondía a un momento histórico no democrático y a una visión neoliberal que englobó muchos más campos que el puramente económico.

En cuanto a las dinámicas de adquisición de los artículos, subrayamos la relevancia de los créditos de consumo los cuales influyeron, en la opinión de Vergara (1984: 266), en la construcción de una mera ‘ilusión de éxito’ que lograba encubrir las problemáticas del país y que finalmente convergió en la crisis económica de 1982 y en las protestas sociales. En general, el sistema crediticio instaba una facilidad de consumo, que se podía practicar como algo cómodo y deseable: ya no había excusas

21 “[...] las ilusiones que nos alimentan: edificios de altura que multiplican la resonancia de un orden que se construye; calles limpias por donde hormigean los automóviles; vitrinas repletas [...]” (Brunner y García Huidobro 1981: 487).

para no comprar y, al mismo tiempo, es posible pensar en el surgimiento de una competencia de posesión. El espejuelo del crédito ofrecía la obtención del objeto ambicionado de modo inmediato, pero ocultando su duración temporal a la cual el consumidor tendría que sujetarse.²²

En otro sentido, junto con ese fenómeno de nivelación de la conciencia social, asimismo se dio la posibilidad de identificar un afán creativo generado en el acto del consumo. Quizás no estemos frente a la total libertad expresiva del sujeto comunicada por la propaganda dictatorial, pero sí existió un uso razonado de las capacidades de cada uno, quien escogía comprar una determinada cosa y rechazar otra. Es Brunner (1982) quien clarifica este proceso, valorando las actitudes del consumidor en un contexto autoritario, donde la adquisición de bienes parecía realmente la única manera para ejercer la libertad. Ocultando, de cierta forma, las contingencias, la práctica consumista regaló una salida de la efectividad:

El impulso a consumir sustituye la frustración cotidiana y proporciona una ilusión de igualdad con otros hombres, y una ilusión de bienestar, y cuando la realidad es dura, dolorosa y amarga, el consumo es una droga placentera, accesible, legítima, que permite olvidar y aliviar el vacío de no ser y de no tener. (Rodríguez 1981: 164)

Por añadidura, además de dar forma al sujeto por medio de sus objetos, la compra lo ponía también en contacto con otros individuos: la posesión de bienes durables esclarecía una pertenencia grupal o estamental y, por esto, formaba un reconocimiento por similitud o diferencia (Brunner 1981; Martner 1981), resultando, dentro de lo que nos concierne, un utilizzo y una apropiación de los códigos de consumo entregados por el orden neoliberal y, por ende, una forma de comunicación del ciudadano-consumidor.²³

1.1.5 Reubicación de los sentidos

La búsqueda individual de consumo y de ascenso, junto con la presencia de un entorno coercitivo y con el enflaquecimiento de los objetivos sociales comunes, determinó una intensificación del significado del espacio privado, en perjuicio de las relaciones vecinales, comunitarias u organizativas en varios niveles (Moulian 1997; Salazar y Pinto 1999). Sin embargo, Tironi observa que la misma privacidad puede

22 En su análisis, Moulian (1997) habla de un nuevo ‘ciudadano credit-card’ quien, para poder obtener créditos, necesita mostrarse como un buen trabajador y, por lo tanto, evitar los conflictos laborales y someterse a la creciente precarización del empleo.

23 Araujo pone énfasis sobre la resignificación positiva de las dinámicas neoliberales por parte de los sujetos: “Principios relacionales y de ordenamiento social que son introducidos en el contexto de la instalación del modelo neoliberal, [...] importantes por su asociación son reinterpretados y colocados en un nuevo contexto. [...] se constituyen en herramientas poderosas para cuestionar de manera profunda las lógicas relacionales que históricamente habían sostenido a una sociedad jerárquica, vertical y autoritaria ordenada a partir del privilegio y de una producción de las jerarquías como naturales” (2017: s/p).

llegar a representar un lugar de importancia clave respecto a la violencia autoritaria: “cuando las relaciones sociales entran en un estado de desorden y pierden su intensidad, es el dominio privado el que se encarga de dar el sentido a las existencias, de preservar la memoria colectiva y de dar origen a las innovaciones” (1998: 40).

Por otra parte, en paralelo con una articulación nueva del entorno doméstico, se constata, igualmente, una transformación de la organización urbana o ‘mercantilización del territorio’ (Pradilla Cobos y Márquez López 2022: 219), por lo cual el individuo advertiría un reajuste de los estímulos dictados por el espacio en que empezó a encontrarse. Los autos, los edificios, las vitrinas constituían un conjunto informativo que repetía constantemente la llegada de la ‘modernidad’, una dimensión en muchas medidas distinta y con la cual el cuerpo tuvo que aprender a relacionarse. La percepción, en la calle y en las modalidades de desplazamiento, de unos cambios importantes (desde la presencia de los cajeros automáticos hasta la ropa de moda y, en el transporte, desde los autos particulares hasta las empresas privadas de buses) no se puede a este punto desconocer.²⁴

El hogar se centralizó y, contemporáneamente, se gestaron unas tensiones hacia el utilizzo creativo de los espacios públicos que el orden autoritario negaba. La interrelación entre ambas categorías, por lo consiguiente, era baja, puesto que las formas de existencia se privatizaron (o, desde cierto punto de vista, se mercantizaron) y lo público adquirió connotaciones ambiguas y arriesgadas.

En lo que atañe al utilizzo efectivo de lo exterior, es posible afirmar que, por un lado, sufrió una reducción intensa y una descalificación resultante de las propias medidas estatales: por sobre todo, el toque de queda (Brunner 1984). Por el otro lado, la sociabilidad pública no se aniquiló por completo, más bien se desarrolló en lugares alternativos, de los cuales los que eran aceptados por el sistema respondían justamente al ordenamiento neoliberal, es decir, al mercado. Este último, sin embargo, conformaba una esfera de relaciones basada esencialmente sobre el tipo de adquisiciones y, por consiguiente, sobre las capacidades económicas de los sujetos: “El mercado recrea así un espacio público pero a través de medios privados y lo somete a una infinita fragmentación a través del intercambio; en dicho espacio el

24 El transporte, como muchos servicios más, se asimila, en las observaciones de Lavín al apoyar las medidas económicas del régimen, a las relaciones de consumo y a la proporción calidad-precio: “Se puede viajar a Concepción, de noche, en buses-cama, con televisor, o con video-cassette, por un precio más bajo que el del viaje en tren [...] ¿La revolución de los servicios?: Una realidad de la que ya disfruta el consumidor chileno” (1987: 23). Confrontar al respecto Cápona González (2016), Pradilla Cobos y Márquez López (2022), Tomic, Trumper e Hidalgo Dattwyler (2006). En lo que se refiere a la creciente presencia y uso, por ejemplo, de cajeros, ver nuevamente Lavín (1987: 129) y, para las modificaciones del vestir, Lavín: “Entre los cambios de hábito que son consecuencia de la integración con el mundo, los expertos del sector textil mencionan el uso del bluejean y las zapatillas de gimnasia entre la juventud” (1987: 36).

movimiento de la sociedad aparece entonces regulado por la voluntad soberana del consumidor” (Brunner 1982: 66).²⁵

Ante este panorama, el supermercado es calificable como uno de los símbolos más sugestivos del espacio público mercantil. Quizás sea por esto que Lavín (1987), respaldando la revolución neoliberal chilena en todas sus acepciones, celebre su amplia difusión. En la perspectiva del autor, la modernidad del supermercado logró desalojar los negocios del barrio –lo que en realidad acrecentó todavía más el retraimiento de las relaciones vecinales– y hasta llegó a encarnar una experiencia de compra realmente ‘humana’, agradable y casi entretenida: “Los compradores se sienten atraídos no sólo por la alta tecnología, sino también por el aroma de la panadería del supermercado, o por los escaparates en que se venden productos a granel, en los cuales los consumidores se abastecen personalmente utilizando una primitiva poruña” (Lavín 1987: 118).

Por otra parte, el *mall*,²⁶ más aún que el supermercado, manifestó los rasgos articulados de la proyección de nuevos tipos de relaciones sociales. Aunque ya existía en Chile una tipología de comercio no tradicional, fue en 1982 cuando se abrió el primer *mall* en Santiago, vale decir, el Parque Arauco (De Simone 2013). Para apreciar el impacto de esa estructura sobre la organización urbana y la vida de las personas, la investigadora De Simone (2013) subraya que, en 2013, se podían contar más de sesenta *malls* en la capital chilena. También, vale la pena señalar que la modalidad de *shopping mall* que se desarrolló en Chile en los últimos años fue tan triunfadora que llegó a exportarse a otros países vecinos (De Simone 2013).

Más allá de estos datos, el *mall* representó un momento clave en el fortalecimiento del imaginario neoliberal, ya que significaba su concretarse material, su presencia física y manifiesta en la ciudad. El *mall* fue el resultado efectivo y simbólico de una precisa política económica –y, como hemos indicado, ideológica– (De Simone 2013; Vergara Leyton, Garrido, De Simone, Condeza y Pino 2019). El centro comercial era una dimensión completa que se ofrecía al ciudadano-consumidor en su totalidad (con tiendas, restaurantes, entretenimiento, baños, etc.). Era, en definitiva, un espacio dentro del espacio (dentro de la ciudad) que garantizaba el ofrecimiento de una zona segura (De Simone 2013; Vergara, Condeza y Garrido 2018) y limpia.²⁷

25 En relación con esto compárese De Simone: “entrar al mall validaría la existencia individual de sujetos económicamente válidos en un sistema social jerarquizado en base a la objetualización de la vida cotidiana” (2013: 31).

26 En Chile, para referirse al centro comercial, se emplea el término *mall*, del inglés *shopping mall*.

27 Sobre el aspecto de la limpieza remitimos al artículo de Tomic, Trumper e Hidalgo Dattwyler (2006). En él los estudiosos evidencian la paradoja que existe entre el afán de higiene de los espacios neoliberales (*malls*, estaciones, medios de transporte...) y las condiciones altamente precarias de los trabajadores de ese sector. Aconsejamos revisar también el trabajo de Errázuriz (2009), quien explica cómo la dictadura emprendió una acción de limpieza metafórica y efectiva en relación a la época de la Unidad Popular y a sus símbolos y representaciones. Incluimos asimismo estos reveladores comentarios de Bauman: “El ‘lugar sin lugar’ [de consumo], cerrado

Relativamente a lo que el *mall* proponía a las personas, desde el punto de vista del grupo (sobre todo del conjunto familiar) sus espacios se adaptaban a la exigencia del paseo, apareado en su caso con el ‘vitriñar’ (consumo imaginario) o a la efectiva adquisición de bienes.²⁸ Justamente Lavín aspira a la adopción de esta costumbre por parte de los chilenos, retratando un universo perfecto y funcional capaz de alejarlos de la rutina y de facilitar sus compras:

Con la opción de elegir entre miles de productos distintos, sin sentir la presión de ningún vendedor, y demorándose todo el tiempo que se estime necesario, las compras en el supermercado se han transformado, para la familia, en un verdadero paseo. [...] Es probable que a la entrada del establecimiento una banda de músicos entretenga a los niños, los que jugarán también en aparatos eléctricos o tendrán la posibilidad de darle la mano al ratón Mickey, al Pato Donald [...]. Entre tanto, el padre podrá probar los licores, papas fritas y numerosos otros productos que simpáticas jóvenes le ofrecerán en los *stands* de degustación. (1987: 116)

Aunque el autor, en este fragmento, se refiera en específico a la realidad del supermercado, se trata de un fenómeno profundamente cercano al del *mall*.²⁹ Antes que todo, salta a la vista la propuesta sensual de los distintos productos, amplificada por las figuras de las promotoras que participan en la escenificación de lo lindo llevada a cabo por el centro comercial. Con respecto a los niños, además de las referencias a la modernidad (aparatos eléctricos) y a una cultura global (Mickey, el Pato Donald), resalta la función de entretenimiento que asume el lugar.

Efectivamente, una de las características de los *shopping malls* fue la de proponer una experiencia compleja, que iba más allá de la acción de comprar, aunque basada casi integralmente en ella. En su análisis de los comerciales de Parque Arauco, Vergara Leyton, Garrido, De Simone, Condeza y Pino (2019) esclarecen la heterogeneidad del mensaje del *mall*, formada por el ya notado aspecto ‘lúdico’, entre otros componentes. En síntesis, entrar al centro comercial llegó a significar algo más que simplemente pasearse o adquirir algún objeto puntual: implicó entender y compartir un tipo de espacio y de relaciones, constituidos por reglas y valores específicos; en otras palabras, “el mall se muestra como un facilitador del acceso a un mundo variado en términos de productos, donde el consumidor construye una particular

en sí mismo, es también –a diferencia de todos los lugares ocupados o recorridos a diario– un lugar *purificado*. No porque esté libre de toda la variedad y diferencia que impregna constantemente a los otros lugares, [...]. Pero las diferencias de adentro –y esto las opone a las que existen afuera– están tamizadas, sanitizadas, con la garantía de no poseer ingredientes peligrosos... y, por lo tanto, no resultan amenazantes” (2000/2004: 107). Finalmente, mencionamos el sugestivo estudio de Exner (2019) sobre la ‘isotopía sucia’ en calidad de agente crítico del orden dominante dentro de las producciones artísticas hispanoamericanas.

28 ‘Vitriñar’ es un verbo de uso en Chile que significa “Mirar vitrinas o escaparates de locales comerciales” (Real Academia Española, 2014). Véase al respecto la reflexión crítica de Moulian (1997).

29 Confróntese la gran variedad de lugares de venta de la ‘ciudad neoliberal’ contemporánea en De Simone (2013).

experiencia de acceso a un nuevo universo de símbolos y objetos” (Vergara Leyton, Garrido, De Simone, Condeza y Pino 2019: 667).

Nos detenemos ahora sobre las sugerencias que llega a ofrecernos el medio de comunicación de masas más destacado de la época, o sea, la televisión. Los estudiosos coinciden en reconocer que, principalmente en la década de los ochenta, esta manifestó tanto una acelerada difusión en los hogares chilenos, como un papel cada vez más central dentro del contexto informativo y, sobre todo, de la industria de la entretención; proceso que se vio favorecido por la llegada de los receptores en color en 1978 (Barraza y Piña 1982; Brunner y Catalán 1987; Massardo 2008; Santa Cruz 2012 y 2017; Tironi 1998). La particularidad de la televisión chilena fue que, nacida como producción universitaria en los años cincuenta, tuvo que balancearse, durante el período de la dictadura, entre el control y la censura del régimen y la necesidad de autofinanciarse, hecho que incrementó notablemente la atracción de inversión publicitaria (Brunner y Catalán 1987; Santa Cruz 2012 y 2017).

La publicidad, como puesta en escena de un consumo humanizado y de los ideales neoliberales (libertad económica, libertad de elección, variedad de bienes, mérito), encontraba su medio privilegiado de expresión en la televisión, gracias al complemento de sonidos, colores y movimientos. En este campo, son valiosas las siguientes observaciones de Brunner:

Permite al mercado funcionar como instrumento de una cotidianidad des-socializada (por ende, con bajos umbrales de comunicación) en tanto que proporciona y expande toda otra esfera comunicativa, la de los objetos-signos. [...] La publicidad, entonces, como trabajo sobre el cuerpo, sobre las relaciones sociales y sobre el gusto (el alma) de las personas. (1982: 46–47)

En base a lo mencionado, la comunicación publicitaria manifestaba una doble actitud frente a su público: la de desactivar el debate y la crítica, que es una tendencia que notamos con Góngora (1982), y la de producir mensajes abundante y diversificadamente, reflejando la oferta de los objetos concretos que se promovían. El receptor estaba invitado a intervenir en ese juego, en el sentido de que no se retiraba hacia una dimensión enteramente pasiva, pero tenía que aceptar sus reglas y perseguir las ambiciones que le facilitaba.

Las opiniones de los estudiosos chilenos relativamente al papel que la televisión asumió en la modificación de los hábitos sociales y del uso del espacio concurren en considerarla como un sustituto de la realidad, en la cual los ciudadanos difícilmente podían intervenir y que tampoco podían aceptar por completo (Barraza 1980; Brunner 1984). Esta escenificación provocaría un desfase entre la muestra falseadora del país y lo que este efectivamente era, sumiendo al televidente en la incertidumbre e inseguridad identitaria (Barraza 1983).

Si, en su artículo, Brunner y García Huidobro identifican la televisión como un “reemplazo del espacio público que ha sido destruido” (1981: 493), en su sucesivo trabajo, Brunner amplía esta visión, confirmando el aparato audiovisual como un canal de contacto entre lo público (aunque deformado) y lo privado; finalmente,

viéndola como una posibilidad de acceso virtual a lo que había sido deteriorado por la opresión en sus distintas formas:

Pues si hasta ayer habíamos vivido la experiencia de lo público como una experiencia donde se combinan lo exterior con lo comunitario [...] hoy vivimos lo público como la combinación de una ausencia de sociabilidad dentro del hogar. [...] vivimos lo público como un hecho cotidiano, bajo la forma de participación privada y, por lo general, solitaria. [...] hoy lo público viene hacia mí, no reclama una interacción, se convierte en espectáculo y me reduce a espectador. (1982: 34)

Es así que en esta correspondencia entre el sujeto y el aparato, la esfera pública no desapareció, más bien se reconstruyó y se modificó, patentándose como una existencia infinitamente separada por el vidrio de la pantalla y, al mismo tiempo, profundamente insertada en la familiaridad de las personas. Por lo tanto, evidenciamos aquí, esta nueva ponderación de los sentidos de privacidad y de desarrollo de la vida pública, a la vez amplificada y amputada por el medio televisivo.³⁰

1.2 Interpelaciones literarias y aproximación interpretativa

Abordar el papel que la literatura puede desempeñar en el contexto esbozado nos puede ayudar para plantear los objetivos de nuestro estudio y, particularmente, los interrogantes que intuimos al emprenderlo. Esta sección nos entregará la posibilidad para acercar la función y el funcionamiento del discurso neoliberal a algunos elementos de la práctica literaria, de tal manera hipotetizando un específico potencial poético respecto al entorno que hemos esbozado. Recordamos que, como profundizaremos dentro de poco, las posibilidades líricas se hallan en un nivel latente y, por tal razón, nuestras lecturas no logran describir su realización pragmática en la conciencia de un receptor real.

1.2.1 Técnica y desorden de la escritura

En un primer paralelo se podría decir que en la principal formulación neoliberal –la cientificidad liberada de la opinión subjetiva de las personas y presentada como justa y correcta– se vislumbra la insinuación del lenguaje de la expresión artística y literaria. De la misma manera con que la ‘astucia’ cotidiana, insubordinada, sutilmente opositora y ambivalente del día a día burla el poder centralizado y su discurso evolutivo en todas las épocas (Maffesoli 1979), el texto poético habla dentro y con el mismo idioma del sistema pero manipulándolo, extremándolo, dejándolo en el vacío que su propia estructura efímera delata, en su respuesta unívoca sin sentido, incapacitada para aprehender la realidad en sus variantes. El artista “give[s] voice to

30 Sobre la relación entre economía, tecnología y *mass media*, remitimos a Vogl (2014).

the repressed within the repressive language itself, by inverting the system of signs on which it is based [...]" (Richard 1986: 32).

La literatura dicta lo distinto. Con el mismo vigor y entusiasmo de lo técnicos, apunta sin embargo a la dispersión de las creencias, se ofrece al receptor de modo múltiple, como una espiral que nunca se cierra, como una materia promiscua que se alimenta del yo, de la historia, de sí misma y entremezcla los tanques de su inspiración. La misma construcción de un hablante seguro y formado académicamente se derrumba en la mudanza de la voz lírica que desnivela tanto la autoridad técnica como la idea, ya abordada, de un sujeto independiente y responsable y del resultante "sujeto inauténtico de las formas" (Araujo, 2017: s/p).

Pero la escritura también emplea su técnica: sus recursos, sus mediciones, sus ensamblajes, sus referencias que, en la máquina expresiva, se organizan en el texto y se sitúan con una sistematicidad propia. Asimismo, economía y poesía comparten la administración razonada de sus medios que, en la lírica, se traducen en palabras (Martín Rodríguez 2020: 6); aunque creemos que esta definición se complejiza en un escenario neoliberal que se distingue por la acumulación, reproducción y devoración ilimitada del capital. Mas, con mayor frecuencia en las obras poéticas finiseculares, empieza a fallar la construcción de un objetivo, de un punto de llegada, de una perspectiva afianzada: el discurso progresista y moderno de la cúpula de poder comparte el terreno comunicativo de la poesía a la deriva entre un hablante íntegro en un mundo despedazado o una voz en destrucción en una realidad inconsistente (Zurita 1983). Las herramientas precipitan, perdiendo irremediablemente su densidad semántica. El avance profesado por el neoliberalismo deja a su público en un estado de abandono, abre una brecha entre la cotidianidad y un hablar lejano y perfecto, se fractura en la gravedad de la no-correspondencia. De ahí una referencialidad literaria atravesada por la distorsión y el choque que se perfila entre palabras poéticas, recortes, discurso externo y entorno.

También sabemos que la actividad política, que entendemos como expresión de las colectividades, espacio de debate e instrumento de comunicación con los vértices estatales, fue sofocada por el clima autoritario y por la introducción del ordenamiento mercantil como agente avalador de equilibrio y justicia social. Pero, según hemos reiterado, este actor se patentaba como un ser ciego, impredecible, independiente, fuera del control humano, cuyo actuar se veía, por otra instancia, reprimido por la insistencia sobre la negatividad y la innecesidad de la política. En este escenario surgieron las voces alternativas y diversas entre sí que se interrelacionan en el habla poética: tímido acontecimiento de una variedad negada, donde se posibilita el conflicto, la duda, la crítica respecto a una existencia entregada. En simultáneo, el arte en sí fue entendido como un hecho político por su capacidad de movilización del lenguaje y por su consecuente apuesta dentro del orden autoritario (Mansilla Torres 2002; Thorrington Cronovich 2013), aunque también nos parece válido referir la distinta opinión de Rivera, quien pone en tela de juicio la aclamación incuestionada de su potencial subversivo:

No es posible afirmar que el movimiento artístico alternativo fue una nueva y diferente forma de práctica política. Más bien, fue un tipo de práctica que halla la explicación a su extensión por la ausencia de posibilidad de ejercicio de otras prácticas expresivas. Pero afirmar esto último no autoriza a afirmar que ella *sea* las otras prácticas. (1983: 152)

De la racionalidad técnica, pura, apolítica, cristalina, se asoman, en la poesía, la analogía,³¹ las interrupciones, los desfases internos, la irreconciliación de los opuestos, las sugerencias libres. La lectura se realiza como una continua discusión que, sofocada en la esfera pública de la dictadura mercantil, reitera un juego de significados y visiones entre el receptor y el texto aproximado. Quizás este proceso no logre realmente ofrecerse como sustituto de la práctica del debate, pero sí implementa el uso de la diferencia, la percepción de la ambigüedad. En palabras de Cociña, quien se refiere a la escritura de Zurita, se “recicla el proceso de comunicación como entidad posible de inscribirse en los procesos mentales en un devenir escritural” (1983: 21).

El mismo poeta mencionado considera la irrupción dictatorial como determinante de una “crisis del sistema de conversación”, cuyos efectos se instalan en una presencia irreconciliable de lo “no dicho” al interior de una realidad lingüística continuamente quebrantada, amagada y distorsionada (Zurita 1981; 1983: 5). También Eugenia Brito expresa la problemática relación que se va instituyendo entre los poetas y el vacío discursivo que los ciñe: “Situarnos en una escena político-literaria única, en la que los significantes eludieran lo innombrable, la locura” (2023: 29). Haciendo una homología con estas observaciones, nos parece provechoso mencionar a Habermas (1984) quien, en el ámbito de la dominación de la ‘conciencia tecnocrática’, que entronca directamente con el discurso neoliberal que estamos observando, indica una transformación en el modelo social de interacción, supeditado a la lógica técnica y a la inserción satisfactoria en el esquema económico. Más aún:

La conciencia tecnocrática viola [...] un interés que es inherente a una de las dos condiciones fundamentales de nuestra existencia cultural: al lenguaje, o más exactamente, a una forma de socialización e individuación determinadas por la comunicación en el medio del lenguaje ordinario. Este interés se extiende tanto al mantenimiento de una intersubjetividad de la comprensión como al establecimiento de una comunicación libre de dominio. (Habermas, 1984: 99)

Con esto, se hace visible un doble silenciamiento y dislocamiento respecto al habla, causados sea por la imposición y represión política, sea por la concentración técnica de la agenda económica y social, proyectada en una retórica inatacable y totalizadora. De modo tal que empezamos a preguntarnos: la práctica escritural poética, ¿logra interiorizar estas imposiciones que friccionan la percepción entre realidad y descripción de la misma?, ¿se hace cargo de evitar una apropiación ilimitada por parte de los

31 Nos referimos al empleo de la analogía en el lenguaje poético en su sentido amplio, puesto que tanto Cociña (1983) como Miralles (2004) nos ponen en guardia acerca de la identificación de este recurso en la lírica neovanguardista.

poderes en juego, tan solo gracias al reto de su acto expresivo y al ofrecimiento de un encuentro no mediado y virtualmente abierto con el receptor?

Asimismo, estas continuas contradicciones reafirmaban un destino continental compartido que Brito (1990/1994: 12) designa con el recurso poético y artístico del quiasmo: juego de espejos inalcanzables entre sí que repite la distorsión de una realidad violada. Sin la intención de forzar esta imagen para los fines de este trabajo, no nos parece de ningún modo ajena al contexto sobre que nos estamos deteniendo: este último ha sido trazado como un perpetuo espacio de contrastes, a menudo vueltos híbridos; un entorno de dominación y réplica, de control y ofrecimientos, que se basó sobre una negociación inacabada o impuesta entre los varios actores y en la producción de un paisaje que, detrás de su funcionamiento justo y atractivo, guardaba una convulsión intrínseca. Entiéndase, finalmente, la mención de esa figura retórica como un punto de partida para leer, en el análisis que propondremos, las relaciones formales de los textos como efectivos momentos de modulación histórica, más que reflejos de una realidad destrozada.

Respecto a lo visto anteriormente, agregamos que, además de enfrentarse con un discurso unívoco y mayormente técnico, el lenguaje literario tuvo que vincularse con el acontecer de una facticidad paradójica que, junto con su representación, hizo trizas la legitimidad de su misma existencia. Se trató, en consecuencia, de un desgarrar doble: del discurso, por una parte, y de la conducción estatal y económica, por la otra. Más aún, se agregaba a estas tensiones la blandura de un nuevo bienestar: promesa de felicidad que, menoscabando la conflictividad, obligó a las voces creativas y disidentes a mirar al trasluz de estas mutaciones repentinas, a la vez asumiendo las contradicciones de un sistema oscilante y poderoso. En palabras de Sánchez Bermúdez, “the social reality of capitalism appears fetishized, superficial and fragmented, and, on this basis, the ideological structure of capital establishes its intellectual and moral leadership” (2012: 210).

Rehaciéndose a una armónica, lejana y, de paso, irrecuperable dimensión (la poesía lárca y etnocultural de Jaime Quezada, Rosabetty Muñoz, Elicura Chihuailaf, por ejemplo), adheriendo a los íntimos pormenores cotidianos o quebrando los límites de la palabra en su sintaxis, en su forma escrita y en su soporte, los poetas trabajaron tanto sobre la distorsión referencial, como sobre la aplicación diseminada del poder y la ‘experiencia disciplinaria’ que derivaba de ella (véase Brunner 1981). Incluso, desempeñaron una expresión que se mantuvo viva gracias a su soslayar la “represión [...] doble [...] que se ejerc[ía] sobre un determinado sistema de señales de tal modo que lo reprimido aflora[ba] muchas veces repitiendo lo que el discurso oficial indica[ba]” (Zurita 1983: 16).

Es dicha relación más que problemática con la realidad (que tiene tal vez su más controvertida y compleja manifestación en *La nueva novela* de Juan Luis Martínez

de 1977)³² la que emerge de los textos y obras artísticas (con particular acento en las performáticas) del período autoritario, poniendo de relieve las aristas de la referencialidad, del habla lineal y, finalmente, colándose por la materia comunicadora gracias a la entrega de una creación que se niega a estancar y a encasillar. En este campo del des-ordenamiento o re-ordenamiento –que, a su vez, se incorporó a la transposición de la lucha entre caos y orden emanada por el régimen– Sanguinetti (1965), en referencia a la neovanguardia italiana de los años sesenta, detecta efectivamente una pulsión hacia el desorden.³³

Con todo, este fenómeno no determina un esparcimiento nulo de la palabra –lo que sería la ‘inefectividad’ que Richard (2005: 35) contradice–, puesto que “quel ritorno al disordine [...] si stabilizza in modi sufficienti perché possano ambire a presentarsi come strutture immaginative” (Sanguinetti 1965: 90). En concordancia con esto, el objetivo de nuestro trabajo apuntará a detectar la respiración intrínseca de estas estructuras que, junto con la distorsión y acumulación de los referentes, la superficialidad del significante y la impresión de lo ‘no dicho’ (confrontar el capítulo de Richard 1986, “Ellipsis and Metaphor”), tienen la capacidad para sedimentar y echar raíces imaginativas en su llegada receptiva.

1.2.2 Sujeto poético, forma y fragmentos

Las observaciones de Baudrillard desarrolladas en *Pour une critique de l'économie politique du signe* (1972) acerca del ordenamiento contemporáneo basado sobre una superficialidad de las relaciones entre los signos, nos permiten establecer una conexión con la expresión experimental literaria y artística de los años setenta y ochenta chilenos, la cual efectivamente se caracterizó por su ‘violenta exterioridad’ (Eltit 1989 citada en Richard 1994: 29).³⁴ A la postre, este venir a flote de las significaciones, que en la poesía se evidencia en la auto-reflexividad, en las citas y en los recursos gráficos, entre otros procesos, ¿despliega un escenario capaz de patentar y adoptar, en su forma principalmente, la dilución cada vez más acuciante del entorno contingente? Además de representar una conquista de las fisuras del lenguaje y de la representa-

32 Sugerimos al respecto la lectura del trabajo de Miralles (2004).

33 Ver Cociña: “El poeta desordena, en el lenguaje, el desorden de la realidad” (1983: 27) y Richard: la “escena llamada ‘de avanzada’ [...] se ha caracterizado [por] haberse atrevido a apostar a la creatividad como fuerza disruptora del orden administrado en el lenguaje por las figuras de la autoridad y sus gramáticas del poder” (1987: 1).

34 En correlación con esta expresión, deseamos citar el trabajo de Ocasio-Rivera (2015). Esta tesis sondea las bases imaginarias que fundamentan algunas novelas hispanoamericanas. La investigación es sumamente interesante puesto que localiza –específicamente en el campo del cuerpo– aquellas visiones que significan de manera violenta la introducción del modelo neoliberal. Las dinámicas del canibalismo, del desmembramiento, del sado-masochismo y de la acumulación de los cuerpos sin vida relatan las tensiones y las pautas derivadas del sistema económico dominante y sus ideales.

ción, dichas creaciones, ¿proponen la misma imagen del presente, desgastada en su reflejo, ofuscada por su repetición? Si así fuera, esta práctica no nos parecería de ningún modo una asimilación neutralizada por parte del orden existente.

Ahora bien, nos interesa más proceder hacia una delineación de la idea de sujeto en las poéticas consideradas, en directo diálogo con la individualización perseguida por el discurso neoliberal. En primera instancia, salta a la vista, en las obras de ese período y retomando la problematización de la representatividad abordada anteriormente, una puesta en crisis del hablante. Haciendo vibrar el andamiaje de los grandes relatos (incluso los disidentes) que se derrumbaron en el contexto golpista y se diseminaron en el entusiasmo neoliberal, emergen de los textos neovanguardistas unas palabras que son cuestionadoras por su propia debilidad, que van exponiendo “las grietas del sujeto monológico de la *autoría/autoridad* de la tradición oficial y del *autoritarismo* de la cultura militar” (Richard 1994: 27).³⁵ Recurriendo a Mansilla Torres (2002), es justamente ese continuo ofrecimiento de una ‘precariedad’ excesiva por parte de estas escrituras lo que garantiza su potencial y no, como se podría pensar, su fracaso interno.

Lo que encontramos determinante y fundamental es que, independiente de su voz y de sus motivos, la escritura no se detiene: su circulación inacabada de las sugerencias y de las posibilidades del lenguaje procede tanto hacia una reconstrucción alternativa como hacia una deconstrucción. Sin embargo, dicha variación no se supedita a una debilidad textual. Efectivamente, su invitación a lo posible es lo que nos parece valioso en el contexto de la imposibilidad totalitaria o, según la implantación económica que tomamos en cuenta, de la posibilidad relegada a su dispersión formal. Por esto mismo, el yo poético que encabeza las líricas, si bien es cierto que se funde en una fragmentariedad volátil, también entona, en la melodía del desperdicio y del vacío, su existencia que, por tan aniquilada o fantasmal, sigue hablando y, sobre todo, actuando en dirección de su público.

Desde un punto de vista identitario, la conformidad y unicidad del individuo neoliberal es desafiada por lo marginal, por lo excluido, por lo olvidado; aspecto que nosotros encontraremos especialmente en *El Paseo Ahumada* de Enrique Lihn (1983) pero que caracteriza con gran evidencia la obra de Diamela Eltit.³⁶ Sobre todo a partir de y en el medio urbano, donde se recargan las dinámicas de desigualdad social, los artistas y escritores desarrollaron una producción que replantea las jerarquías usuales y que le concede visibilidad a quien generalmente no tiene. Pese a esto, desde la perspectiva de Richard, estos proyectos específicos no se focalizaron en una

35 Hay que considerar que esta actitud ha sido identificada como una herencia, obviamente reelaborada, de la antipoesía de Nicanor Parra (Carrasco 1988; Nómez 2009b). Para un estudio profundizado de la voz poética en la estética neovanguardista sugerimos revisar la tesis doctoral de Ojeda Barías (2015).

36 A este respecto, remitimos al trabajo de Bortignon (2016), quien analiza exhaustivamente la categoría del margen en Eltit y en otros autores chilenos.

incorporación simplemente lineal y desprovista de conflictividad, sino más bien en un trabajo ‘des-’:

Situadas en la periferia de esa ‘verdad’ ya catalogada y recuperada por la sociología de la marginalidad, las nuevas estéticas del testimonio no buscaron rellenar los huecos de identidad con palabras de consuelo. Prefirieron desnudar –en esos huecos– la falta de todo, la carencia, y reestetizar esa carencia como *des-figuración* del todo [...] corporizaron el registro de la *des-identidad* a través de un frenético montaje de voces entrecortadas y maquilladas en las que locura y privación se abigarraban de estilos –se recargaban de ornamentos– para vengarse de la condena nacional a la miseria del sinsentido. (1994: 28–29)

Este pasaje nos entrega la posibilidad para encaminarnos hacia otra observación: si la expresión de la ‘des-identidad’ se posiciona en un nivel ornamental, vale decir, en la forma externa y en el signifiante, entonces nos preguntamos si la pululación de los signos en poesía y, al revés, el acto de poblar el plano formal por parte de las voces artísticas y literarias, ¿engloba finalmente una aptitud contestataria? Incluso, más que representar una infiltración en el sistema, estas poéticas, ¿llegan a reproducir realmente (o sea, físicamente en la hoja, en la calle, en el receptor) la alternativa? Alternativa que se vuelve aún más productora e intensa en la medida en que imita el orden existente; hecho que favorece un reconocimiento, aunque para nada exento de complicaciones a causa del impacto hermético de las obras.

Congruente con la atomización perseguida por el régimen, nos parece interesante señalar que Miralles (2004) se pregunta si la heterogeneidad artística surgida en esos años en Chile representó, de algún modo, una respuesta a la división social provocada por el orden autoritario.³⁷ Aunque no lo consideremos un simple reflejo coyuntural sino, más bien, un trabajo a partir de lo existente, tal vez, más que por su pluralidad expresiva, ¿es en su especificidad donde el arte chileno acoge el reto de la sociedad amenazada?

Resulta determinante, entonces, el hecho de que a nivel crítico se empleen frecuentemente términos en sí atomizados, que apuntan a una discontinuidad esencial de la escena creativa. Nos encontramos así delante de una escritura de la escritura que expresa la ruptura de las obras que aproxima, utilizando expresiones tales como ‘fragmentos’, ‘ensamblaje’, ‘intersticios’ (Richard 1987); ‘huellas’, ‘trozos’ y ‘trazas’ (Richard 1994); ‘desparcialización de la realidad’ (Cociña 1983); ‘balbuceo’ y ‘mudez’ (Muñoz 1987); ‘isotopía del quiebre’ (Picornell 2018).³⁸

A este punto, deberíamos empezar a plantearnos, ¿cuál es el papel que la poesía o el arte asumen respecto a esos conceptos entrelazados de libertad (soledad), responsabilidad (abandono) y comunidad (atomización)? Parece paradójico pensar en una estética que, desde la fracción, tenga la capacidad para afianzarse en el

37 Hacemos notar que Cánovas (1987) considera la eclosión de la variedad (en este caso propia del texto) como una producción de igualdad al interior de un contexto de coerción y dominación.

38 Compárese, al respecto, las estéticas de ‘desborde categorial, contaminación, rescate’ ilustradas por Exner (2019).

imaginario y promover una elaboración constructiva, dirigida idealmente hacia una recuperación de la unidad perdida. Sin embargo, Hopenhayn –en línea con la postura sobre la precariedad de Mansilla Torres (2002)– deja de manifiesto lo bivalente del fragmento y su consecuente incidencia: “la resistencia a la totalización forma parte de una estrategia (¿consciente, inconsciente?) de lo fragmentario. [...] Lo fragmentario se vuelve resistencia y victimización, cuerpo desenterrado y cuerpo despedazado” (1987: 97). Consecuente con lo anterior, ¿podríamos afirmar que hay una simulación del trozo que, al converger en una inestabilidad sin salida, se posiciona en realidad como argumento desestabilizador y, por esto, reformulador del día a día?

Esta focalización da cauce a otra impresión más general sobre la escritura poética señalada por Miralles: acontece una variación, desde la escritura pre-golpe y de los primeros años de la dictadura hasta la neovanguardia que, de una introspección lírica se dirige a “un vuelco hacia la realidad, pero una realidad vista en toda su precariedad, una realidad que por una parte se desvanecía mientras que por otra, era ostentosamente sustituida” (2004: 13; confrontar también Nómez 2009a). Por ende, ¿es este camino de la interioridad hacia el afuera, por más desgarrado que sea, un movimiento de adhesión a una sociedad en peligro desde distintos puntos de vista, una indispensable ‘democratización del espacio’ (véase Cápona González 2016)?

Suponemos que los mecanismos deconstructores de estas poéticas no serían, por lo tanto, fines en sí mismos siempre que patentizan una voluntad y que, luego, se interrelacionan dinámicamente con el lector. Ellos se instalan, de tal manera, en la realidad, pese a su momento histórico y a su imposibilidad para retratarla y al agobio que se genera al buscar la mutación necesaria. Superando el totalitarismo de una deestructuración que se devora infinitamente, Lechner evidencia lo que, a su parecer, representa el gran logro de estas escrituras: “articular las diferencias” (1987: 28). En rigor, este sustrato subversivo dice relación con una futura, posible recomposición de aquellos lazos que, si bien rotos y continuamente amenazados por el ordenamiento mercantil, pueden volver a imaginarse. Dice al respecto Lechner: “De ahí que la labor de desmontaje nos remite ahora a su contrapartida necesaria: recomponer la vida en común, estructurar la complejidad social. No podemos resignarnos a constatar la diferenciación como una fragmentación absoluta [...]” (1987: 28). Nuestro propósito, a lo largo del estudio, será el de relevar de qué manera las líricas buscan el acto creativo en la propia recepción por medio de una manipulación del fragmento.

Por lo mismo nos preguntamos si, en este medio de soledad y de rivalidad, el aporte artístico y literario manifestó una experiencia decisiva gracias a su encauzar, junto con el desordenamiento de los significados, también una promoción del contacto, de la interacción y de la contaminación; carácter que se desenvolvió por medio de la interrelación entre distintas expresiones artísticas, entre la obra y el entorno

(véase, por ejemplo, la escritura de versos de Zurita en el cielo o en el desierto) y, dentro de la página, de una experimentación lingüística, gráfica, visual y material.³⁹

Nos aventuramos a afirmar que la diferencia, en este caso, es productiva y reconfiguradora porque no es excluyente. Si en el contexto totalitario rigieron la sospecha hacia el Otro y una tendencia a su eliminación o desvaloración (incluso en el ámbito de la competitividad económica y de la movilización social), ¿quizás en las obras artísticas se cuestiona esta dialéctica a través de una composición que, aunque sea a menudo caótica y desesperanzada, sería capaz de reactivar la práctica de perspectivas y hablas distintas? La variedad, la sobreposición y la disgregación de planos que, si bien derrumban los niveles de sentido, ¿serían asimismo cómplices en “libera[r] un imaginario tránsfuga” (Richard 1994: 65)?

1.2.3 La escenificación lírica

En igual forma se puede entender con qué complejidad la expresión literaria tuvo que encargarse del papel de voz disidente en la explosión de modalidades y variedades comunicadoras derivadas de la aplicación cultural neoliberal. No es extraño que asistiéramos entonces a articulaciones experimentales de las obras que, más que servir de reflejo o conformación respecto al entorno, asumieron sus prácticas para reconstruirse como textos válidos, burladores, en vilo entre la irrespetuosidad hacia el mundo y la caída en la insensatez del mismo. El ‘extralingüismo’ (Brunner 1981) de la micro-materialización neoliberal fue empleado en los ejercicios poéticos extensivamente, desde el dibujo y la fotografía hasta los anzuelos de *La Nueva Novela* de Juan Luis Martínez (véase Galindo 2007). La contaminación espacial fue llevada a cabo por la escritura de versos en el cielo y en el desierto (Raúl Zurita), además que por las distintas incursiones del Colectivo Acciones de Arte activo a partir de 1979 (Neustadt 2001). Y tras la relación forzosamente innovadora con el espacio, también se impuso una actitud corporal, de intensificación física, que vio en el dolor auto-inflingido una expresión extrema y reelaborada en el ámbito artístico –por ejemplo, en los trabajos de Zurita y Diamela Eltit (véase Richard 1986, en particular el capítulo “The Rhetoric of the Body”)–.

Con la misma particularidad y, a la vez, dispersión, del sistema neoliberal, considerado en sus variaciones y manifestaciones prácticas y cotidianas, el habla poética, en su amplio ocurrir, se esfuma en sus herramientas, en su caos lingüístico, en sus acciones, para colonizar más difusamente una realidad falsamente unificada en el ‘espectáculo’ –del consumo, de la publicidad, de la pantalla– (léase Debord 1967/1969). Entonces la palabra, que se da como un “lenguaje en su límite, ya listo para desaparecer” (Fariña en Labarthe y Rau 2019: 169) ¿se escenifica para captar

39 En lo que se refiere a la escena poética chilena y a su relación con otros medios expresivos cabe señalar el preciso estudio de Galindo (2007).

una atención distorsionada por las ofertas insistentes?, ¿se vuelve superficial (o sea, evidencia su exterioridad), para apuntar una visión optimista y regocijada del bienestar económico que se proyecta, banalmente, sobre un trasfondo turbio y violento? En palabras de Richard, quien alude a la etapa democrática:

Invertir la dirección del foco que está casi siempre colocado en representación del ojo del mercado e iluminar, aunque sea por un rato, las prácticas más reacias ubicadas en un fuera de foco, des-enfocadas, puede tener el valor de un gesto crítico. De un gesto que evidencia y pone virtualmente en discusión los modos de ver que se privilegian a diario en las pantallas o en las vitrinas del sistema. [...] La práctica crítica les da una forma simbólica a esos conflictos que sirve para desinocentar la mirada, aunque sólo sea parcialmente [...]. (1994: 103)

Relativamente a esto, ¿podemos inferir que el tipo de texto poético que estamos considerando invierte el sentido de accesibilidad del consumo por medio de su continuo problematizar tanto la forma como los contenidos? Como contrapartida, ¿la experiencia literaria pone en tela de juicio el hábito acrítico de las relaciones mercantiles, en las cuales el objeto trasciende más y más su fundamento utilitario hasta perfeccionarse en la integridad de su independencia, en la esfera del intercambio de los signos (compárese Baudrillard 1972)?

En esta instancia, se vuelven más complejas y controvertidas las correlaciones críticas que hemos estado abordando, relativas a la patentización de la exterioridad en los textos neovanguardistas. Por un lado, dicha actitud desafía efectivamente el universo consumista conformado por proyecciones desvirtuadas y cada vez más despegadas del efectivo empleo de las cosas –aunque esta funcionalidad permanezca bajo la forma de racionalización (Baudrillard 1972)–, gracias a lo que Galindo (2007) define como una materialidad que sobrepasa la referencialidad textual y aterrizaja en la presentación pura del objeto literario. De esta manera confirmándose como un intento de vuelta a lo real. Por otro lado, la profunda ambivalencia de la práctica consumista, tensionada entre las ilusiones generadas por la oferta y el placer instado por la textura física de los objetos, dificulta el describir linealmente las estrategias literarias que, finalmente, guardan en sí las mismas contradicciones irresueltas entre el sujeto y su contacto con el entorno.

Lo que sí podríamos adelantar, sin embargo, es que la obra artística mantiene y provoca las contradicciones, mientras que estas se encuentran allanadas por la armonía representada por el sistema neoliberal. Si en este último campo reina la diferenciación o distinción que, fatal y paradójicamente, implica un conformismo generalizado (Baudrillard 1972), cabe preguntarse, ¿de qué manera la poesía da cuenta de esta desigualdad sutilmente ocultada? Por ejemplo, Sanguineti detecta, en lo que podría parecer la democratización verbal propugnada por Pascoli, un proceso que mantiene invariada la injusticia social puesto que, poniendo en el mismo nivel todas las cosas, las neutraliza:

[...] la mediazione che il Pascoli esteta e poeta tenta tra ‘agavi’ e ‘pimpinelle’ o, se si preferisce, [...] tra ‘trifoglio’ e ‘rosa’, è poi la stessa mediazione, la stessa assolutamente, con

la perpetua transizione canonica dalla struttura alla sovrastruttura, che il Pascoli tenta sul piano della lotta sociale. [...] ‘abolire la lotta di classe’ anche sopra il terreno, precisamente, dello stile: un tentativo di abolire la lotta tra le classi delle parole [...]. (1965: 17)

La resolución estética se descubriría entonces en la crítica hacia la ideología, mantenida por medio de una recreación de las pugnas desdibujadas por la difusión consumista. Congruente con esta perspectiva, Baudrillard (1972) traza la necesidad de recuperar la ambivalencia y lo simbólico, Hopenhayn evidencia la “estrategia de la diferencia [...] dentro de un mercado que se ha instituido a sí mismo, respaldado cotidianamente por el consumo permanente, como un mecanismo de diferenciación” (1994: 112), y Richard escribe:

La cultura no ilustra las tensiones sociales como si éstas fueran el referente preconstruido que la obra debe pasivamente reflejar. Lo que hacen las prácticas artístico-culturales es desmontar y reformular activamente tensiones y antagonismos a través de figuras de lenguajes que intervienen la discursividad social redistribuyendo sus signos cambiados en nuevas constelaciones múltiples y fluctuantes. (1994: 87)

Más que la variedad en sí (aunque de todas maneras valiosa ya que se opondría al discurso único que abordamos antes), ¿acaso el aporte verdaderamente disidente reside en la propuesta de elementos dinámicos e, incluso, en conflicto, que ponen reparo a la deslumbrante apariencia de un mundo cambiante?

En paralelo con la reexaminación de los contactos entre la realidad y la referencialidad y la creación de las obras, ya mencionamos una ocupación y una elaboración de los espacios por parte de la escena artística. En dicha instancia, fue particularmente el CADA que trabajó y ahondó en la ciudad: en la periferia y en el museo (“Para no morir de hambre en el arte” e “Inversión de escena”, 1979), desde el cielo sobre la ciudad (“¡Ay, Sudamerica!”, 1981), en los muros urbanos (“No +”, 1983–1984), en el suelo chileno y extranjero (“Una milla de cruces sobre el pavimento” por la artista Lotty Rosenfeld, desde 1979).⁴⁰

Contrariamente a la inversión privada o externamente controlada de la vida social fomentada por el orden autoritario y neoliberal, estos momentos recaían, aunque fragmentaria y transitoriamente, sobre un afuera cercenado. Mientras el hogar y el *mall* absorbían la atomización y una sociabilidad inmiscuida en los signos del consumo, los actos artísticos experimentales se revelaron, por un tiempo, como portadores de una rebelión espacial, que conllevaba distintos significados dependiendo del *happening*. Entonces, tan solamente el gesto de salir, modificar e interrogar el entorno pretendía señalar una distorsión interna de los lugares que, silenciados o amenazados, subrayaban con la aplicación del gesto su instante disruptivo.

En el nivel textual la movilidad y el desarrollo de las categorías espaciales y del sujeto radicarón nuevamente en la experimentación formal. La vacilación relativamente al soporte (Juan Luis Martínez), los poemas escritos en el mundo (los ya

⁴⁰ Para profundizar estas y otras acciones remitimos nuevamente a Neustadt (2001) y Richard (1986, cap. “The Dimension of Social Exteriority in the Production of Art”).

citados trabajos de Zurita), los poemas de Zurita reinterpretados por el arte visual que, al tensar la ya manipulada aproximación hacia lo real, minaban la factibilidad de las conexiones y de un entendimiento efectivo:

Un trabajo visual a propósito de mis textos es entonces la primera constatación de un fracaso –que tal vez llegue a ser irreparable– con la realidad. [...] Lo importante es la compulsión a la dicha: de allí todo el arte, todas las palabras que se han escrito, los libros, todo. (Zurita en *Altamirano / Dittborn / Leppe Visualizan 'Purgatorio' de R. Zurita*, 1979)

A pesar de lo dicho, el desmontaje artístico y sus interferencias reconstituyeron, a su manera, una zona propia, una delimitación fantasmal. Conforme a Cociña (1983), fue la página, con sus destellos gráficos, palpables y visiblemente presentes, el lugar de la permanencia, que resistió y recibió los impulsos auto-destructivos de sus estéticas. Siguiendo a otra línea crítica, el soporte, más que ser un espesor subyacente, se fortalecía en su volatilidad:

[...] las obras postulan – desde el arte – el no lugar de la distancia que separa lo real de su(s) otro(s) deseados; la exploración de esa distancia nómada como desarreglo calculado de las sistematicidades vigentes, como infracción a la normalidad pauteada por las técnicas disciplinarias de adiestramiento del sentido [...]. (Richard, 1987: 5)

Inclusive, este retraimiento fronterizo de las obras y de los artistas es visto por Brugnoli (1987) como ‘pureza’ del ‘no lugar’ o del margen, como posible punto de encuentro y, por ende, acceso participativo y, también, como una respuesta de inmunidad.

A partir de esta textualidad neovanguardista, la inmersión neoliberal, ejercicio blando y usual de normas satisfactorias, se soslayaría con las escrituras indefinidas, incómodas, perturbadoras del experimentalismo. El recorrido agradable, calefaccionado, ordenado y limpio por el *mall* entrechocaría con el camino de la lectura como una laberíntica y cuestionada experiencia. El vuelco hacia la privatización se encontraría desafiado por los ‘no lugares’ no seguros de la producción artística. Los cambios en la disposición doméstica (ordenamiento alrededor de la pantalla) resonarían en la descolocación inmanejable de las expresiones poéticas, que son tradicionalmente el hogar de la profundización interior.

Las reestructuraciones osmóticas de las líneas divisorias entre interno y externo, íntimo y público, entre un afuera permitido y apoyado y un afuera reprimido, también se interrelacionaron desde lo que atañe a los bordes de la hoja escrita y del producto y acción artística. En primer lugar, la coacción autoritaria sería interpelada por el “fuera-de-marco [...] que practicaba la ‘nueva escena’ [que] metaforizaba la voluntad de transgredir la lógica concentracionaria de los espacios vigilados” (Richard 1994: 65). Lo que a este punto nos interrogamos es si dichas extremaciones expresivas del límite, ¿también se hacen portadoras de una ruptura permanente, que pondría en crisis el conformismo reproducido por la maquinaria neoliberal, la dominación urbana del consumo, la higienización de los gestos y de los pensamientos?

Es esta instancia se vuelve necesario referirnos, más allá de la esfera espacial, a cómo los textos poéticos integran su escritura desgarrada con su apelación al sujeto: ¿cómo ocupan, en la mente de quién los recibe, la efervescencia del *show*, la transparencia inmóvil y en perpetuo movimiento objetual del consumo, la conformación de un 'mercado de los sentimientos' (Brunner 1984)? En el medio televisivo asistimos a una conquista del espacio, a un desarrollo temporal que, a pesar de su fugacidad no hallable en la hoja impresa, no deja de acercarnos a la comunicación poética, no tanto por su imposible semejanza sino por sus mecanismos, movimientos y transposiciones.

Al concertar la grafía, las visiones e, inclusive, los aportes extratextuales con modalidades innovativas, las escrituras experimentales prenden un proceso dinamizador que revelaría la imbricación efusiva de los canales y sus juegos de reflejos, acumulaciones y repeticiones. No obstante, el poema daría cuenta de esta unidad inalcanzable, del deterioro interno a todo mensaje, de una volatilidad que busca ser aprehendida con la sumersión difícil y no, como en la televisión, con una entrega dócil. Desde otro ángulo, rehaciéndose a la poesía de Gonzalo Muñoz, Cocña (1983) enfatiza la producción óptica dictada por la escritura en sí, más que por la inserción de otros elementos, y que, para el autor, significa un reto a la comunicación uniformadora de las imágenes.

En el consumo televisivo, el sujeto, a pesar de su capacidad adquirida para descifrar los nuevos códigos culturales y a pesar de su actuación electora, no contribuiría decididamente a la experiencia de la recepción, hecho que sí acontecería en la lectura, empezando desde la creación imaginaria (por ejemplo, del entramado novelesco) hasta la reconstrucción más articulada de otros géneros, como en el caso límite de la poesía neovanguardista. La constitución transformadora de la visualidad y de las expresiones en el soporte-texto asume la imposibilidad de una pantalla consumida por dentro por su última fijación, puesto que, al fin de cuentas, pese a su integración de lo percedero, la hoja resiste (con el apoyo, además, de un general énfasis sobre la corporalidad del poema) y reproduce tres distintas circulaciones: la lectura desde el inicio hasta el final (el acontecimiento), la lectura selectiva (ocasión, negada por la televisión, de viajar entre las páginas), la lectura desafiada por las estrategias estéticas. En este contexto, en consecuencia, la movilidad cognitiva, ¿se activaría en desmedro de la variación insustancial y unilateral de la exuberancia de los *mass media*?

Recuperando la idea de la incorporación de recursos que opacan la expresión directa de la lírica, más que posicionarse firmemente como una voz inevitablemente opositora, el lenguaje poético ensaya en el territorio de un habla cada vez más disgregada y avasallada por la heterogeneidad vacilante de la afirmación consumidora (de objetos, proyecciones, servicios, programas televisivos etc.). Conforme a esto, Brunner destaca una reelaboración neovanguardista, respecto a los medios audiovisuales, que supera su pura disidencia para así concretarse en una desvirtuación cabal de las formas culturales generadas por los cambios neoliberales:

La relación de la escena de avanzada con la televisión designa, al fondo, la relación entre vanguardias y cultura de masas, donde la externalidad de la primera se ha construido durante estos años, a mi juicio, no sencillamente como un 'fuera' sino como una distancia desde la cual intervenir en esa cultura. (1987: 66)

El trayecto de dicha 'distancia' se prolonga entonces en una lejanía inasible y, por esto, determinante para la activación de una imaginación no gobernada por la sucesión espectacular que, más que abrir al mundo con conocimientos e integración, se estrechó en una única facultad de salida dentro de los espacios de una cotidianidad amagada.

1.2.4 Directrices de lectura

En la presentación, hemos tenido la ocasión de anticipar nuestra intención metodológica en relación con el estudio de las obras poéticas que desarrollaremos. Se hace sin embargo necesario esclarecer aquí nuestras razones para que el proceso de análisis se entienda consecuentemente. En efecto, el empleo de la estética de recepción en tanto instrumento analítico literario no solo es un camino escasamente recorrido,⁴¹ sino que plantea distintas interrogantes a la hora de emprenderlo. Buscaremos, por ende, iluminar y describir en lo posible el uso que haremos de dicha aproximación crítica.

El primer elemento que queremos enfatizar es que el examen de los textos se llevará a cabo teniendo en cuenta el más inmediato nivel de lectura: la lectura directa o prerreflexiva (Jauss 1991), la primera lectura heurística (Riffaterre 1971 y 1978/1984), la lectura linear (Groupe μ 1977/1990).⁴² Esto implica que no se ofrecerán interpretaciones de las obras en su conjunto, sus impresiones reelaboradas y estratificadas, sus significados conceptuales globales, es decir, lo que el Groupe μ (1977/1990) llama efectivamente una lectura tabular. Nuestro trayecto analítico tendrá el propósito de patentar el desenvolvimiento de los poemas –y, en consecuencia, de los poemarios– desde su inicio hasta su final, debido a que el lector “*déchiffre le texte en progressant dans le même sens que la séquence verbale, de droite à gauche, du début à la fin*” (Riffaterre 1971: 46).

Este inicial punto de partida comporta la consideración de la lectura del texto como una experiencia transitoria, un evento que se desarrolla en un determinado lapso de tiempo y, en ese intervalo, estimula de manera puntual al lector que ensaya

41 Evidenciamos la tesis doctoral de Decante (2000) que considera la recepción histórica de textos publicados en Chile a caballo entre la dictadura y la vuelta a la democracia, respetando por lo tanto los planteamientos críticos de Jauss. Sintetizando el trabajo, según la estudiosa estaríamos frente a una disputa llevada a cabo en el plano de la producción cultural y en los esquemas que el público recibe de ella.

42 Incluimos, al respecto, el comentario del Groupe μ : “*Ne pas tenir compte de la lecture linéaire, attitude fréquente dans l'analyse structurale du discours, revient à rendre statique ce qui est dynamique [...]*” (1977/1990: 66).

tal vivencia imaginaria (véanse Fish 1980; Rosenblatt 1964). Por este motivo, nuestro estudio procurará iluminar los elementos líricos en su sucesión y, especialmente, en su variación. El valor del texto consiste, según Iser en esta continua modificación de la perspectiva lectora que este va impulsando y que “no es una estructura transmisora de información como lo es la de redundancia e información; [...]. Más bien es la estructura de la actividad representadora” (Iser 1987: 166), incompatible por tanto con la naturaleza acumulativa de la expresión neoliberal.

Hemos hablado de estética de la recepción y proceso de lectura pero, de acuerdo con dicho acercamiento crítico, ¿quién es el lector? El lector es una categoría textual, lo que Iser (1987) nomina un lector implícito, concepto que podríamos enlazar con el de arquitecto de Riffaterre (1971) y con el lector modelo de Eco (1979). La postura del lector implícito es totalmente antisubjetivista (Dreon 2013: 14) siendo que, dicho de manera extremada, el lector no pertenece a la estructura de la obra literaria (Ingarden 1998). El lector implícito se constituye a partir y por medio de las alteraciones y estímulos textuales, de los cambios de enfoque, del ‘punto de visión móvil’ (Iser 1987).

Tras la recolección de tales efectos de lectura, podremos delinear su potencial secuela sobre la sociedad. Insistiremos en el uso de la expresión ‘potencial’ puesto que se trata de una posibilidad de realización virtual presente en los textos, que puede solo idealmente ser actualizada por parte de los receptores reales. De todas maneras, compartimos la visión de que lo estético de una obra puede llegar a repercutir sobre la sociedad: “It can be yield the kind of sensuous and emotional fulfilment which we call *esthetic*—it can be enjoyed in itself—and at the same time have a social origin and social effects” (Rosenblatt 1938: 31). Entonces, la especificación del proceso de lectura tendrá como referente un entorno social puntual: aquello promovido por la retórica neoliberal en el Chile de los ochenta. Veremos así de qué modo los distintos efectos de lectura recolectados a lo largo del estudio pueden, de manera hipotética, influir en el contexto referido.

Como mencionamos, debido a la complejidad de la esfera de referencia, cada poemario será puesto en contacto con un aspecto específico conllevado por la ideología neoliberal. La elección de dichas facetas no será aleatoria, más bien responderá a un puntual horizonte conllevado por los poemarios. Sin la intención de limitar las posibilidades estéticas de las líricas, consideramos que cada obra, gracias a las características y a las estructuras imaginarias que explicaremos, puede alcanzar una mayor influencia en cierta manifestación neoliberal más que en otras. En consecuencia, las relaciones, el espacio, el individuo, los objetos y la visualidad son las esferas que sobresalen en los poemarios considerados y que, de acuerdo con lo expuesto, aspiramos a interconectar con los fundamentos y las finalidades de la retórica neoliberal en tales campos de significado.

La problemática más notoria que se ubica en este proceso de investigación se relaciona con la fricción que se origina entre el lector implícito y el contexto del Chile de la década de los ochenta. ¿Cómo se resuelve metodológicamente un estudio que

pone en diálogo una estructura del texto ahistórica y abstracta con una manifestación histórica y efectiva? ¿Cómo podremos examinar los efectos de la poesía en la realidad si, como hemos visto, la estética de la recepción no toma en cuenta a un lector empírico? La tensión se resuelve al considerar el neoliberalismo en su conjunto –en tanto discurso, aplicación y manifestación transversal– como una textualidad. Los discursos oficiales, las reformas, la ciudad, el consumo, representan así textos que pueden afectar hipotéticamente al individuo, que a su vez traen consigo a un lector implícito por medio de las estructuras de representación que transmiten.

Resulta que los factibles efectos de ambos textos –el poético y el neoliberal– lograrían un intercambio en ese espacio ideal de la interpretación crítica. Del mismo modo con que no se puede afirmar que el ciudadano chileno interiorizó completamente el modelo neoliberal (Araujo 2017), así no podemos asegurar cierta recepción de los textos poéticos y, menos, el aporte crítico que estos podrían implicar en relación con el neoliberalismo. No obstante, la identificación de dicho potencial de reversión de las pautas impuestas por la ideología dominante, que es el propósito del presente trabajo, será de por sí valioso por iluminar un latente poder lírico de repensamiento de la cotidianidad. En fin, por demostrar que la poesía nos puede liberar, “free of the coercion and mystification which in fact prevented me at the time from acknowledging what would be beneficial for me” (Eagleton 1991: 217).

